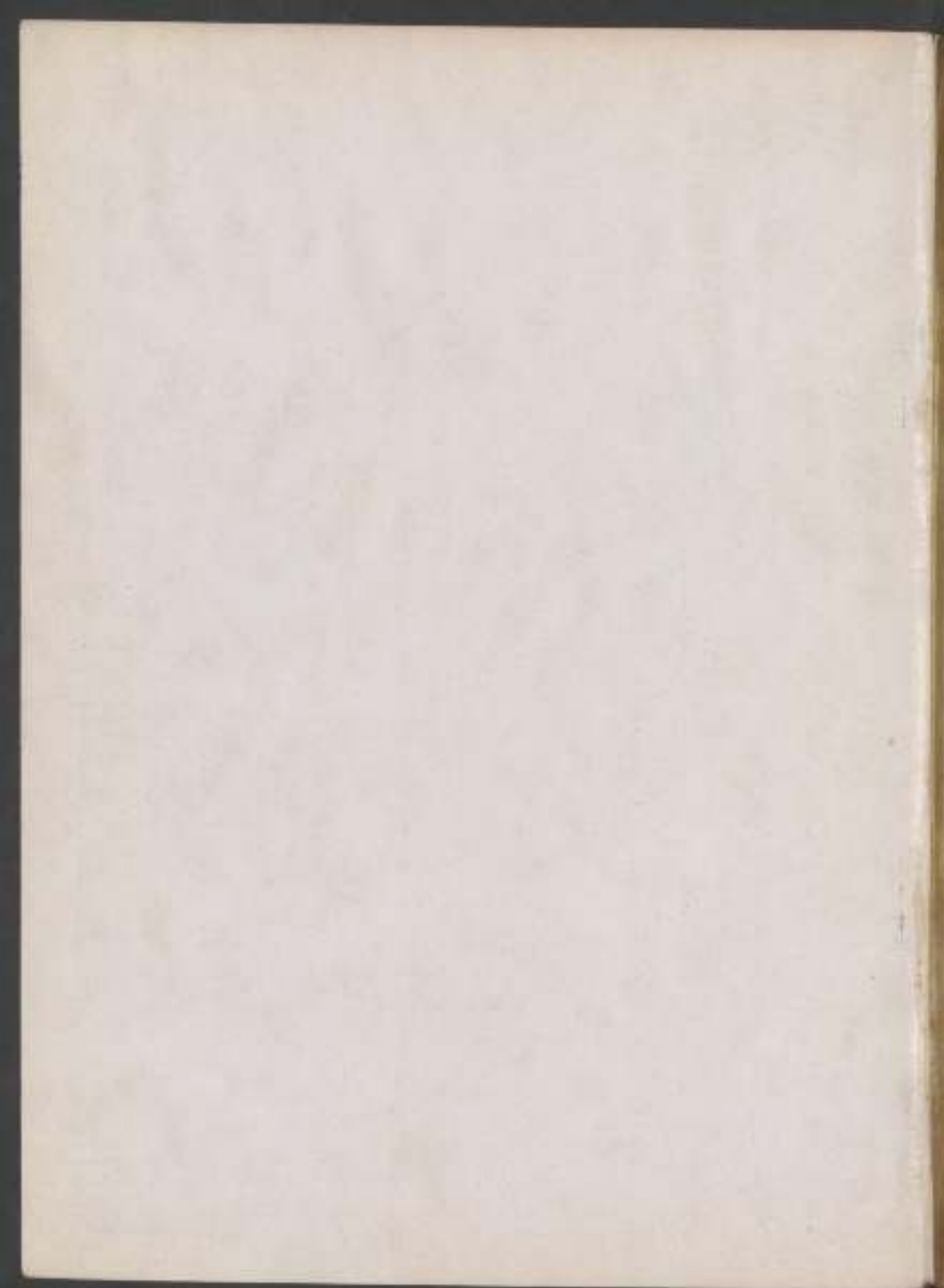


La Ley Sagrada

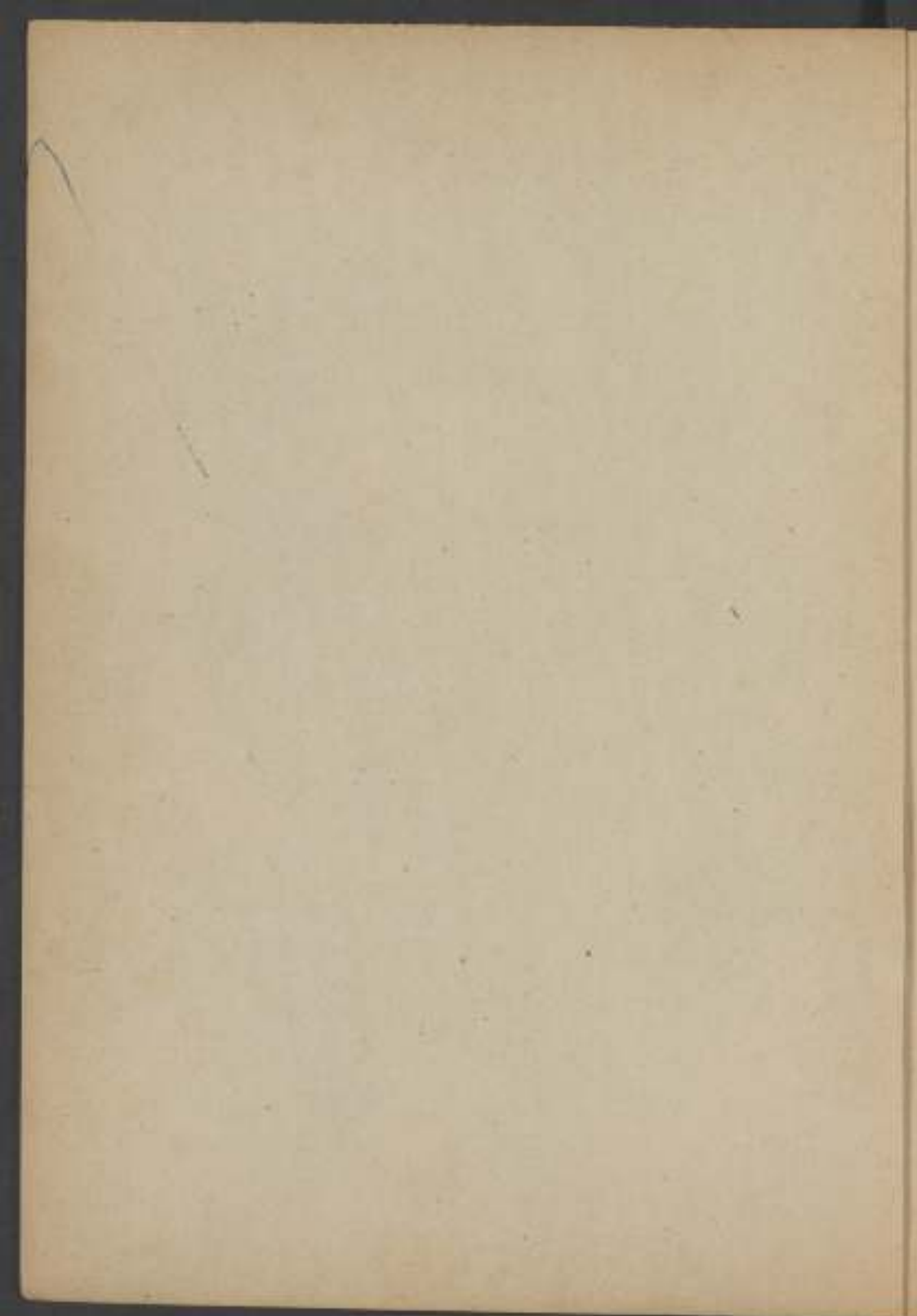


Micheline
Presley
Marcelle
Chantal
André
Auguste









LA LEY SAGRADA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

La Ley Sagrada

Asunto de exquisita emotividad

Dirección:

G. W. PABST

Exclusiva:

JUCA FILMS

Distribuida por:

**ORGANIZACIÓN FILMÓFONO, S. A.
ORO-FILMS**

Avenida José Antonio, 67. — MADRID

PRINCIPALES INTERPRETES:

MICHELINE PRESLEY

(La Diana Durbin europea)

MARCELLE CHANTAL

ANDRE LUGUET

JACQUELINE DELUBAC

LOUIS CARLETTI

PAULETTE ELANBERT

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

LA LEY SAGRADA

Argumento de la película

1

El Fiscal había hecho una pausa, larga, solemne, henchida de mudas acusaciones, como si con ella quisiera subrayar el efecto de sus palabras; y luego preguntó con energía:

—¿Y la niña?... ¿Qué hizo de la pequeña?... ¡Meterla en un pensionado! ¡Deshacerse de ella! ¡Arrancarla de los brazos de su madre!

—Con la venia... — Interrumpió el abogado defensor—. Mi representado no se deshizo de su hija, no la abandonó, no la arrancó de los brazos de su madre, sino que se limitó a internarla en un pensionado para sustraerla a ejemplos perniciosos.

Se debatía el divorcio de los esposos Carault y el litigio tomaba caracteres apasionados por las dos partes hasta el punto que tras muchas discusio-

siones y no pocos conflictos, se había transigido en un arreglo que dejaba a ambos cónyuges al margen de la responsabilidad civil que pudiera haberles y, con la separación de bienes y personas y el asentimiento de que la niña siguiera en el pensionado, con facultad de visitarla periódicamente tanto el padre como la madre, quedaba concluido el pleito.

La señora Carault fué la primera en salir de la sala de la Audiencia, seguida de su abogado, y, al ir a cruzar el pasillo, encontró a la pequeña Dionisia, sentada pacientemente en un banco, esperando la salida de sus padres.

—¿Qué haces ahí, nena? — preguntó la madre, deteniéndose un momento delante de su hija.

—Mamá... he venido porque... me

han dicho que os divorciabais... y querían ayudaros... — halluciné la chiquilla, con la voz trémula.

—Las niñas no debéis intrometiros en estos asuntos. No comprendo qué es lo que has venido a hacer... No puedo detenerme... Vuelve al colegio... Iré a verte allí.

La señora Carault siguió su camino, hablando con su abogado, asegurándole que ella necesitaba, por lo menos, como pensión alimenticia, diez mil francos al mes, y que lo que le habían asignado era insuficiente para sus necesidades.

Dionisia esperó la salida de su padre y, al verle, se arrojó sollozando en sus brazos. Su instinto de mujercita en ciernes le hacía comprender que, en aquel caso, la víctima era su padre, aquel desdichado que estaba ante ella con el rostro muy pálido y una mirada trágica en sus ojos enrojecidos por lágrimas derramadas en la soledad de su abandono conyugal.

—¡Papá, papá! — sollozó la niña — ¡Yo quiero ir contigo a casa!... ¡No quiero volver al colegio... Yo te cuidaré, papá, me ocuparé de ti, seré buena contigo... Déjame quedar a tu lado...

—No puede ser, hija mía... Debes volver al colegio... El Tribunal así lo ha fallado: no eres ni mía... ni de tu madre... Los dos tenemos derecho a ti y los dos nos quedamos sin ti... Así es

la ley... incomprensible... pero así es. Vuelve al colegio, Dionisia... Allí iré a verte yo...

Dionisia bajó la cabeza segura de que era inútil luchar. Su cerebro infantil no acertaba a comprender muchas cosas, pero su intuición femenina se las hacía adivinar, y, con paso lento, se alejó de su padre y se encaminó al pensionado del que había salido con permiso para asietir a la vista que acababa de celebrarse en el rígido Palacio de Justicia.

El licenciado Presle la vio alejarse y movió la cabeza sonriendo, mientras su secretario, con un gesto de pesar, comentaba:

—Ecos pleytos civiles son demasiado penosos... Prefiero los criminales...

Presle dejó su toga y su birrete, se puso el abrigo, tomó el sombrero, y se encaminó hacia su casa, recordando en aquel momento que su hija Julieta cumplía años... ¿cuántos?... Esto era lo que no recordaba bien, porque la vida le tenía tan absorto con su trabajo de cada día, que no acertaba a darse cuenta de cómo el tiempo iba pasando.

* * *

Julieta Presle estaba encerrada en su cuarto estudiando su lección de historia para el día siguiente:

—“El ilustre griego no merecía tal deshonra... El ilustre griego no merecía tal deshonra...” — repetía una y otra vez, queriendo meterse en el cerebro la historia de aquel ilustre griego que a ella no le importaba un comino, cuando la doncella entró a interrumpirla.

—Señorita Julieta, han traído este paquete para usted — le dijo, entregándole una gran caja.

—¡Oh, debe de ser un vestido!... ¡Es mi cumpleaños y los papás me lo deben de haber comprado!... Déjame que lo vea...

Julieta sacó el vestido de la caja y se lo puso, un poco decepcionada.

—¿Qué te parece? — preguntó a la doncella.

—Recuerda mucho el que llevó la señorita el año pasado en el reparto de premios del colegio...

—Sí, papá y mamá no quieren darse cuenta de que ya no soy una niña... ¡Cumple dieciséis años... y me regalan un vestido de nena de doce!... ¡Y yo que quería salir con ellos esta noche para celebrarlo!...

—¿Salir con sus papás? — inquirió la doncella con aire de duda—. Mejor sería que se viniera con nosotros, señorita.

—¿Contigo?

—Sí, es mi día de fiesta y voy con el chofer al “Milano Azul”, a bailar.

Se divertirá mucho la señorita, créame.

—Seguramente... pero prefiero salir con los papás.

—¿Y si no vienen?

—¡Claro que vendrán!... ¡Es mi cumpleaños! — exclamó Julieta, como si no pudiera concebir la duda que había en la pregunta de la doncella.

Esta se encogió de hombros y salió de la habitación. Julieta se miró al espejo una y otra vez con aquel vestido espantoso, y murmuró para sí misma:

—Mi amiguita del tercero tiene trajes preciosos, de señorita... ¿Por qué no los he de tener yo, que ya cumpla los dieciséis años?... ¡Bah, yo misma lo arreglaré en un momento y cuando vengan los papás se van a quedar pasmados de mi transformación!

Puso manos a la obra: cortó, deshiló, retocó, cosió a la máquina, dió un cambio total a aquel vestido de colegiala e hizo de él un traje de noche escotado como a ella le gustaban y como los había visto en otras muchachas de su edad.

Se lo vistió al oír que su padre llegaba y salió a recibirle dando un salto y abrazándole con todo su fervor de chiquilla cariñosa:

—¡Papá, papá!... — dijo, besando a su padre con frenesí.

—¡Vivan los quince años de mi hija! — replicó Presle devolviendo los besos y los abrazos a su hija.

—Pero papá... ¡si son dieciséis!

—¿De veras?... ¡Pues ahí van más besos y abrazos para celebrarlo!... ¡Si parece que todavía estás en tu cunita... y ahora resulta que ya eres toda una mujer! ¿Y mamá?

—No ha venido todavía de la clínica.

La señora Presle dirigía una clínica-sanatorio a la que había dedicado todas sus actividades y todos sus conocimientos. Enamorada de la medicina, doctora con grado obtenido en refididas oposiciones en la Universidad de la Sorbona, la señora Presle vivía para su ciencia y para sus enfermos, olvidada por completo de todo lo demás, como si el mundo quedara circunscrito a aquello de lo cual ella había hecho su santuario.

Precisamente aquella tarde había conseguido obtener unos créditos para ampliar su clínica, afirmada en todo París y conocida por su reputación en toda Francia, y tuvo que retrasarse, por este motivo, para dejar ultimado cuanto hacía referencia a aquella operación, que le permitiría ampliar sus actividades, admitiendo en su clínica-sanatorio a muchísimos enfermos a quienes hasta ahora se había visto obligada a rechazar por falta de sitio y de medios con que atenderlos.

Llegó muy tarde a su casa. Era una mujer alta, seria, cavilosa, preocupada siempre con su ciencia, con los casos

clínicos que atendía, con la responsabilidad que sobre ella pesaba, ya que de ella dependían la vida y la salud de los que a ella se confiaban.

—Mamá... mira, mira mi vestido — dijo Julieta con entusiasmo, dando unas vueltas de maniquí ante su madre, que la contempló severa.

—Ese vestido está horrible... ¿Quién te lo ha arreglado?

—Yo, mamá.

—No puedes llevarlo así... Yo te lo he comprado y quiero que lo lloves tal como estaba.

—Pero, mamá... por esta noche... para ir con vosotros a celebrar mi aniversario...

—Lo siento, Julieta; no podré ir contigo y tu padre... Tengo un enfermo muy grave, al que no puedo abandonar. He venido a cenar rápidamente y me marche en seguida a la clínica.

—Pues... yo... estoy citado por el señor ministro... y tengo que acudir a la cita. Tampoco yo podré acompañarte, Julieta — murmuró Presle, contrariado, porque comprendía que causaba un dolor a su hija.

—¡Oh!... ¡Y yo que me había hecho tantas ilusiones!... Mamá, por favor, quédate conmigo.

—No puedo, hijita... Es un nuevo ser que viene penosamente a la vida y yo tengo que ayudarlo...

—¿Qué ocurrencia habrá tenido de

querer nacer el mismo día que yo!...
—comentó Julieta, dando un puntapié en el suelo con enojo—. ¡Ojalá me hubiera ido al "Milano Azul" con Ernestina y Jorge!

—¡Niña!... ¿Qué estás diciendo?...
¿Ya sabes qué es el "Milano Azul"?

—Sí, un baile donde me hubiera divertido más que encerrada en mi cuarto, sola, el día de mi cumpleaños...

Llorando desolada, dió un portazo y se encerró en su habitación.

—Julieta no es dichosa — comentó la madre, mientras se calzaba los guantes, dispuesta a marcharse de nuevo.

—No, no podemos atenderla como quisiéramos.

—Y ella nos necesita.

—Está en una edad peligrosa. No podemos dejarla sola. Sería mejor que la metiéramos en un pensionada — sugirió el padre, disponiéndose también a salir para acudir a la cita del ministro.

—Lo pensaré... Mañana volveremos a hablar de ello, Buenas noches.

—Hasta mañana.

Los esposos se despidieron con un beso frío, beso dado por rutina, por costumbre, casi como quien cumple un deber un tanto desagradable, y cada uno de ellos fué a cumplir con la obligación que su carrera le había impuesto.

II

No les costó mucho despedirse. Pocos días más tarde, la señora Presle llevaba a su hija Julieta a un pensionado aristocrático, uno de los mejores pensionados de París, donde se educaba a las muchachitas con el esmero debido para que pudieran luego representar el papel que les correspondía por su alcurnia y su posición.

En la directora del pensionado una mujer ya madura, rígida, inflexible, desconocedora del corazón sensible y apasionado de las educandas, a las que trataba a veces severamente, a veces con una excesiva magnanimidad, no hallando nunca el término medio adecuado para ir despertando en aquellas almas en formación la ternura que todo lo suaviza, el amor que todo lo perdona, la fortaleza que todo lo supera, la comprensión que todo lo mitiga.

La señora Presle explicó sucintamente las razones que la llevaban a enco-

rrar a su hija en el pensionado y expuso lo que esperaba de la educación de la niña, dirigida por el sistema que en él se empleaba.

—Todas las madres deberían pensar como usted, señora—dijo la directora, que sabía bien cómo halagar a las madres, sin importarle un ardite lo que pudieran pensar las hijas—. Aquí, las niñas están al socaire de las tentaciones; aquí aprenden a comportarse en sociedad, sin verse mezcladas, en sus años juveniles, en las oleadas del mundo; aquí se va formando su carácter y se hace de ellas mujeres de provecho para el día de mañana.

—Este es mi mayor deseo... Que Julieta se convierta en una mujer de provecho. En casa no podemos atenderla debidamente y seguiría siendo una niña toda la vida.

—Las niñas no pueden vivir pegadas siempre a las faldas de la mamá. Eso

es perjudicial para ellas... Usted verá cómo se la transformamos en poco tiempo. Se lo aseguro.

—La dejo aquí tranquila. Julieta, espero que sabrás portarte como debes y que procurarás seguir estrictamente el régimen del pensionado y aprovecharte de las enseñanzas de tus maestras. Papá y yo vendremos a verte todos los días de visita.

—Pero aquí me sentiré muy sola, mamá—replicó la niña, que tenía los ojos húmedos de lágrimas y sentía en su corazón un acerbo dolor.

—No, querida, ya verás como estarás bien y tendrás muchas amiguitas.

—Pero no os tendré a vosotros—suspiró Julieta, poniéndose en pie al ver que su madre se disponía a partir.

—Los segundos jueves de cada mes es el día de visita—dijo la directora mientras acompañaba a la señora Presle hasta la puerta—. Su hija tendrá una habitación muy linda, que compartirá con una de sus compañeras. Así, durmiendo dos niñas en cada habitación, no se sienten tan solas y pueden charlar cada noche, antes de dormirse, comentando todas las incidentes del día. Es una expansión que les hace mucho bien.

—Adiós, Julieta, que seas buena —dijo la señora Presle besando rápidamente a su hija y consultando a la vez su reloj de pulsera, pues estaba ha-

ciendo tarde para la hora de visita en su hospital.

—Adiós, mamá.

—Vamos, señorita Presle; siga usted a la señorita Angela, que la acompañará a su habitación.

Julieta dió una última mirada a su madre y siguió a la señorita Angela, que la llevó hasta el cuarto que le estaba destinado.

—Es una habitación sencilla y alegre, como debe ser usted—le dijo al mostrársela—. Aquí estará bien. La compartirá con Margarita Mamplé, una de nuestras alumnas, y ya verá cómo en seguida serán buenas amigas. Mientras usted arregla sus cosas, yo iré a buscarle su uniforme.

Julieta se quedó sola y echó una amplia mirada a su alrededor. La habitación era alegre. Tenía un gran ventanal que abría sobre el jardín y por el que entraba a chorros la luz. Pero a ella se le antojó que aquello era como una cárcel, y se sintió infinitamente triste.

Abrió la maleta y comenzó a colocar cada cosa en su sitio, pero lo hacía todo con desgana, como obligada a una tarea penosa que le costaba un verdadero sacrificio realizar.

Al poco rato, viniendo del pasillo en una alocada carrera de volteretas, entró en el cuarto Margarita Mamplé, que, no sabiendo que había llegado una nueva

compañera y viniendo aturrida por las constantes vueltas y revueltas que en elasticidad gimnástica iba dando su cuerpo, tropezó con Julieta, que la contemplaba sonriendo amistosamente.

—¡Oh, perdón!... ¿Le he hecho daño?—preguntó Margarita sosteniéndose al fin firme sobre sus pies.

—No, en absoluto... ¡Con qué agilidad ha entrado usted!

—Me gusta la gimnasia y me entusiasma dar vueltas así—añadió, haciendo una nueva pirueta sobre sus manos.—Este da elasticidad al cuerpo y distrae la imaginación, ¿Es usted una nueva colegiala, verdad?

—Sí; acabo de llegar.

—La habitación es sencilla y alegre, como debe ser usted...—murmuró Margarita, imitando el tono de voz y la entonación de la señorita Angela.

Y las dos se echaron a reír, con esa risa fácil de la juventud.

—Sí, así mismo me lo ha dicho.

—Lo dice a todas. La pobre tiene escaso repertorio. Pero es buena. ¿Le he hecho yo mala impresión?—añadió, mirando a su nueva compañera con una mirada simpática.

—No, al contrario; creo que llegaremos a ser buenas amigas.

—Me voy a presentar... Margarita Momplé, su incondicional amiga.

—Yo soy Julieta Presle.

—Encantada.

Se dieron un fuerte apretón de manos y, como la campana tocaba llamándolas a recreo, se vistieron rápidamente el uniforme y bajaron a la sala donde se reunían todas las educandas antes de la cena para charlar un rato y divertirse.

Todas miraron a Julieta con curiosidad, inspeccionándola y juzgándola ya desde el primer momento, con ese juicio rápido que de una mirada quiere captar todas las cualidades y todos los defectos de aquella a quien se acaba de conocer.

Julieta se sintió un poco turbada, pero, niña al fin, se hizo pronto amiga de todas ellas y charló con todas como si se conocieran ya de muchos años.

Le preguntaron cómo se llamaba, dónde vivía, si tenía hermanos, si había estado en otros colegios, en fin, todas esas preguntas que se hacen entre sí las chiquillas que aun no conocen el arte de averiguarlo todo sin preguntar nada.

—¿Y tus papás qué son?—preguntó Margarita.

—Mamá es médico.

—¿Tu mamá?... Tu papá, querrás decir—replicó, creyendo que se equivocaba.

—No, no, mamá; tiene una clínica que dirige y se pasa al lado de sus enfermos toda la vida.

—Pues a mí no me gustaría ser médico. Es trabajo de hombres.

En un rincón de la sala de recreo, un grupo de niñas charlaba en voz baja, hablando de la "nueva".

—¿Tú sabes cómo se llama?

—Sí; Julieta Presle.

—¿Presle? — repitió una de las mayores — ¡Debe de ser un mal bicho!... Ese apellido no me gusta nada.

—¿Por qué?

—Porque me recuerda a... a alguien a quien odio... Aunque no sé si ella tendrá parentesco alguno con... con esa persona...

Aquel día no pasó nada más. Al acostarse, Julieta se sintió más sola que de costumbre, más triste, y pensó en el beso que le daba su padre cada noche cuando volvía de su bufeta, y en el que le daba mamá cuando venía de la clínica, y, aunque ambos estaban siempre tan ocupados en sus respectivas profesiones y el beso que le daban era fugaz y precipitado, a ella le reconfortaba el corazón y se dormía mecida por aquel cariño de sus padres, que le parecía a ella ser lo mejor del mundo.

III

Unos días más tarde, la directora pasó revista a las educandas. Estaban éstas en fila, rígidas dentro de sus uniformes, serias e inmóviles en espera de la inspección.

La directora, seguida de una de las profesoras, las fué mirando una a una y corrigiendo lo que en cada una de ellas le parecía imperfecto.

—Señorita Dumont, le falta un botón en el uniforme... Y usted, señorita Vivien, lleva la falda demasiado corta; la semana pasada ya le dije que debía alargarla tres o cuatro centímetros. ¿Cómo es que lleva el cuello arrugado, señorita María? En el planchador está siempre la plancha pronta para repasar todo lo que se arruga en el armario. ¡Oh, cómo es posible que lleve ese peinado, señorita Luisa!—exclamó la directora, ya en el colmo de su indignación, parándose en seco ante una de las

muchachas que iba peinada exageradamente con un peinado muy moderno.

—Es el peinado que lleva nuestra favorita—contestó la niña, atusándose el pelo con coquetería.

—¿Su favorita? ¿Y quién es su favorita?

—Greta Garbo.

—¡Oh!... Eso son peinados profanos... Aprendan ustedes de sus profesoras. Míreme a mí, o a la señorita Renata... En nuestros peinados se han de inspirar sus gustos.

Las chicas tuvieron que hacer un esfuerzo para no estallar en estrepitosa carcajada, porque los peinados que les proponía como modelos no eran ciertamente capaces de entusiasmar a nadie.

—Les tengo dicho infinidad de veces, señoritas—siguió diciendo la directora mientras se paseaba a lo largo de la habitación con grandes pasos y fuerte

taranco—que la compostura es lo más bello en una mujer. Distinción, distinción y compostura... tanto en los disgustos como en las alegrías... que nunca se trasluzca lo que pasa dentro de nuestros corazones. Con distinción y compostura se dominan todas las pasiones y se vencen todos los vicios. Ahora pueden irse a recrear.

Corrieron hacia la piscina y, después de habérse vestido los bañadores, se lanzaron al agua riendo y chillando como bandada de gaviotas en una mañana de sol.

Poco rato después, el mismo grupo de muchachas que se había mostrado hostil a la llegada de la "nueva", comentaban, apartadas del resto de sus compañeras.

—Estoy segura de que algo ha de tener que ver con Presle, el abogado —decía la mayor de ellas, la que al oír aquel apellido había sentido crecer el odio que éste le inspiraba.

—¿Y quién es ese abogado?

—Está especializado en divorcios... Él tiene la culpa de que nuestros padres estén separados... Si cuando van a consultarle sobre las desavenencias conyugales, en lugar de echar laña al fuego supiera convencer a cada una de que no tiene importancia la disputa surgida o la poca afinidad del carácter, nosotras no estaríamos aquí... Porque nuestros padres nos encierran en el pen-

sionado en cuanto ellos no logran entenderse entre sí.

—¿Y cómo haríamos para saber si es su papá?

—Buscaremos la dirección del abogado Presle en la lista de teléfonos y luego le preguntaremos a ella dónde vive.

—¡Bien pensado! —exclamó otra de las muchachitas—. Voy a ver...

Se alejó, fué a la cabina del teléfono y volvió a poco, diciendo en tono muy contenido, para que no pudieran oírlo los demás:

—Vive en el 65 del bulevar San Germán.

Disimuladamente se acercaron a la mesa de ping-pong donde Julieta estaba jugando un interesante partido con Margarita y, después de haber permanecido en silencio, siguiendo las incidencias del juego, la que llevaba la voz cantante en aquel asunto, le preguntó:

—¿Dónde vives, Julieta?

—En el 68 del bulevar San Germán —contestó Julieta con naturalidad.

—Y tu papá... ¿qué profesión tiene?

—Abogado.

—¡Ah... así tú serás como él!... Te desprecio y haré que todas nuestras compañeras te odien, como te odio yo.

Julieta dejó el juego y miró a la que así la insultaba, sin comprender qué era lo que pretendía.

—¿Por qué hablas así? Mi padre es uno de los abogados más afamados de París.

—¿Y ya sabes en qué asuntos se ha hecho célebre?— inquirió la otra con profundo desdén.

—Está especializado en divorcios.

—¡Eso!... ¡El tiene la culpa de que todas nosotras seamos tan desgraciadas! ¡El es el que ha separado a nuestros padres, el que ha deshecho nuestro hogar, el que nos ha destrozado la vida!

—Pero...—intervino Margarita Mompalé, que sentía compasión hacia Julieta, al ver lo pálida que estaba y la profunda tristeza que se reflejaba en sus ojos—. Ella no tiene la culpa de lo que haga o deje. Además, su papá no hace más que cumplir con los deberes de su profesión.

—¿La defiendes?... Bien se conoce que tú no estás en nuestro caso... Tú eres dichosa porque tienes una madre que te adora y sabes que tu papá murió hace muchos años... ¡Pero nosotras, nosotras, que hemos conocido la felicidad de un hogar y lo hemos visto destruido por ese hombre... no podemos perdonar a Julieta!

La guerra estaba declarada y aquella noche, Julieta, profundamente preocupada, no pudo dormir. Le martilleaba en el cerebro todo cuanto le habían dicho y pensaba en cómo podría convencer a sus compañeras de que ni ella te-

nía la culpa de que su papá se ocupara en aquellos asuntos escabrosos, ni su papá obraba mal al proteger a quienes iban a confiarle sus culpas matrimoniales, solucionándolas con las facultades que la ley le confería.

Margarita la había consolado en lo posible, mostrándole su simpatía y su cariño, y le había dicho, antes de dormirse profundamente:

—Debes perdonarlas, Julieta, porque ellas son muy desgraciadas. Tú y yo tenemos el cariño de nuestros padres y no sabes lo que es el dolor de verlos, alejados de nosotras por causas en las que no interviene el cariño de los hijos...

Aquella frase hizo reflexionar a Julieta largamente. Margarita tenía razón. Sus compañeras debían de ser terriblemente desdichadas al ver a sus padres separados por la discordia conyugal y, sobre todo, al cercionarse de que el amor a los hijos no se había impuesto sobre el amor propio de cada uno de ellos, como debía ser, puesto que cuando se tienen hijos ya no se pertenece uno a sí mismo, sino que se debe por entero a aquellos seres que han llegado a la vida traídos a ella por el amor y que, por tal razón, únicamente amor pueden y deben exigir de los que les han dado la vida.

Al día siguiente, en clase, Julieta se encontró con que las miradas hostiles

de sus compañeras habían ido en aumento, y que el desprecio con que la trataban iba aumentando cada vez más entre todas, como si una oleada de odio la fuera envolviendo.

Procuró no darse por entendida y se engolfó en el estudio de los libros que tenía ante ella; pero al poco rato, la mayor, la que llevaba en su corazón tanta amargura que se deshacía en malicia hacia la que no tenía la culpa de sus penas y dolores, se levantó, fué a la pizarra y, con gruesos caracteres, escribió:

Guerra a muerte a Julieta Presle

Un murmullo amenazador se dejó escuchar en toda la sala, y Julieta, levantando los ojos del libro, leyó lo que acababan de escribir y miró con una mirada serena y enérgica a sus compañeras.

—¿Por qué la habéis tomado contra mí?—preguntó.

—¿Tú sabes en qué clase de asuntos está metido tu papá?—preguntó a su vez la que tenía el alma amargada por las penas sufridas en su hogar.

—Sí, lo sé; pero no es nada vergonzoso lo que él hace. Es abogado y trabaja con fe y entusiasmo en su profesión.

—¿Con fe y entusiasmo en deshacer la felicidad de nuestros hogares!... ¡Y

tú dices que eso no es vergonzoso!...

—No es él quien tiene la culpa.

—El es quien lleva el pleito, y quien enciende las disputas.

—¡No es verdad!

—Yo misma he asistido a la vista del divorcio de mis padres y he escuchado las palabras de tu papá... Defendía a mi madre... y para defenderla echaba sobre papá la culpa de todo, de todo lo que no existía, de todo lo que no había hecho, de todo lo que sólo en su imaginación pervertida tomaba cuerpo para hacer del pobre papá el ser más desdichado de la tierra...

Julieta se levantó y las miró a todas compasivamente, pero al mismo tiempo con una mirada en la que brillaban la determinación y el valor:

—¡No tenéis derecho a culpar a mi padre de un delito que no comete! Papá se limita a cumplir la ley. Si un matrimonio va a contarle sus desavenencias, él estudia el caso y procura que termine aquello que hace desdichados a dos seres, logrando la separación. ¡Pero él no tiene la culpa de que los matrimonios se separen! ¡Meditad unos momentos! Si vosotras, las hijas, las que amáis de veras a vuestros padres, las que vivís a cada hora, a cada minuto, sus pequeñas reyertas, sus discusiones, sus desavenencias, no lográis con vuestro cariño y vuestro paciente trabajo, volverles a unir, ¿qué queréis que

consiga un extrñño al que acuden cuando ya la cosa no tiene remedio? Las culpables de todo sois vosotras mismas, que nada habéis hecho con vuestro cariño filial. Es el amor el que lo ha de vencer todo. Es el amor el que se ha de abnegar y el que debe sacrificarse y el que, por intuición, debe saber el camino que ha de seguir para lograr una reconciliación... ¡V vosotras no lo habéis hecho y me acusáis a mí de que mi papá no haya sabido hacerlo! ¿Qué obligación tiene papá de querer a vuestras padres, a quienes no conoce más que en el momento en que van a exponerle su insostenible situación conyugal? ¿No podéis quejarnos de nada, más que de vosotras mismas, que no habéis sabido amar bien al como debíais a vuestras padres, dejando que se separaran y que quedara deshecho el nido que para vosotras habían formado!

Un profundo silencio siguió a estas palabras de Julieta, que habían impre-

sionado hondamente a sus compañeras.

Fué Margarita la que rompió aquel silencio y, adelantándose hasta su amiga, le tendió la mano en un gesto lleno de confianza y de admiración y le dijo:

—¡Eres formidable, Julieta! ¡Te felicito!

—Creo que tengo razón, y así deben comprenderlo las que no han sabido replicar a mis palabras.

—¡Viva Julieta! — gritaron a coro muchas voces, las de las niñas que se habían dejado impresionar por sus palabras y que comprendían que Julieta tenía razón y que no había motivo alguno para odiarla a ella.

Sólo un escaso grupo no se sumó a aquel espontáneo grito, pero ya no se mostró hostil, sino más bien avergonzado de haber tratado de sublevar en contra de Julieta a todas sus compañeras, con un argumento que la muchacha había derribado en pocas palabras.

IV

—Hoy es domingo, Julieta... Domingo... lunes... martes... jueves... ¡Faltan cuatro días para el jueves! ¡Segundo jueves de cada mes! ¡Ah, todos los días deberían ser segundos jueves de cada mes! — gritó Margarita, mientras hacía gimnasia para que su cuerpo se mantuviera siempre flexible y elástico.

—¡Cuatro días todavía!... Se me han hecho eternas estas semanas — contestó Julieta.

—¿Vendrán a verte tus papás?

—Así me lo aseguraron.

—A mí me vendrá a ver mi mamá... Quiero que la conozcas. ¡Es tan buena!...

—También yo quiero que conozcas a mis papás... Sólo que temo que papá no sea bien recibido... ¡Le tienen tanta antipatía todas esas muchachitas!

—No te preocupes. Desde el otro día, ya ves que han cesado las hostilidades. Son niñas que no saben pensar por

cuenta propia y que necesitan que otro les haga ver las cosas... Y supiste hablarles muy bien.

—¡Ojalá pudiera yo hacer algo por ellas! ¡Ha de ser tan triste quedarse sin padres, viéndoles que cada uno hace su propia vida, sin preocuparse para nada de sus hijas!...

Pasaron aquellos cuatro días empujados por la impaciencia de las educandas, impaciencia que alargaba las horas en una inacabable espera.

Y el jueves, a la hora fijada, comenzaron a llegar las visitas. Sentadas en la escalera, Julieta, Margarita y algunas otras niñas, utilizaban a los que iban llegando, y Margarita iba presentando en voz baja a los que venían, para que Julieta los fuera conociendo.

—Es el papá de Ivette—dijo, viendo entrar a un señor ya maduro que abrazó a una niña de ocho o diez años, rubia y delicada como una flor.

—¡Papá!... ¡Qué alegría!... ¿Me traes algún regalo? — preguntó la niña, corriendo hacia su padre.

—Sí, hijita; toma, ve a ver si te gusta.

La niña desenvolvió el paquete y sacó lo que en él estaba contenido.

—¡Es un caballo!

—No, querida, es una cebra — corrigió su padre—. He recorrido todos los almacenes de París y he comprado este animalito, que es único; no había otro en toda la ciudad y por eso me ha hecho ilusión traerlo.

La atención de Julieta y Margarita se desvió de aquel grupo para fijarse en otro que había llegado.

—Eso es el papá de Paulina.

—¿Y la que le acompaña, es su mamá?—preguntó Julieta.

—Debo de ser su novia. Cada semana jueves trae una nueva.

—¿Y se las presenta a Paulina?

—Sí; cada jueves, Paulina tiene un ataque de nervios después de la visita. Y es lo que dice ella: ¿por qué se empeña en traerlas todas aquí?

La puerta se había abierto a una nueva visita y Margarita dijo:

—Ahora llega la mamá de María... y viene con un chico muy guapo, aunque parece algo tímido.

—María, te presenta a mi novio... creo que ya os conocéis y que pronto seréis buenos amigos—dijo la señora,

besando rápidamente a su hija y dejándola con el muchacho, para ir ella a saludar a otras señora amigas que le interesaban más que su propia hija.

El muchacho contempló a la colegiala, se arregló la corbata, se estiró la chaqueta, tisió un poco y, no sabiendo cómo comenzar la conversación, porque el momento se le hacía muy embarazoso, dijo con una voz un poco temblorosa

—Pues... sí... sí que has crecido...

—Sí...

—Y te gusta estar en el colegio?

—Me gustaría más estar en casa.

—¿Te aburres en el colegio?

—No; tenemos muchas horas de libertad y hacemos mucho deporte.

—A mí me entusiasma el deporte — dijo el muchacho con alegría—. ¿Sabes nadar? ¿Y montar a caballo? ¿Y jugar al tenis? ¿Y remar?

—Sí, sí, sí—iba replicando la niña, cada vez más contenta de la charla que sostenía con el "novio de mamá", porque la edad de él estaba más en consonancia con la niña que con la madre y se habían comprendido en seguida, con aquella analogía simpática de la edad.

—Pues ya verás cómo nos divertiremos este verano. Tú te vendrás conmigo... es decir, con nosotros, a mi casa de campo y allí practicaremos todas los deportes y nos divertiremos mucho.

En la escalera, Julieta y Margarita sonrieron ante la escena que contemplaban, y esta última, más acostumbrada al trato de grutes, con mayor mundología que su amiguita, comentó:

—Creo que su mamá le ha dado oportunidad para que encontrara novio ella. Se ríen y son dichosos los dos sólo de hablarse y mirarse a los ojos...

—Es verdad... ¿Y su mamá dónde ha ido?

—¿No la ves?... Allá, en el otro salón, jugando con otras mamás a las que interesan más las cartas que la conversación con sus hijas. ¡No lo comprendo! Yo, si me canso y tengo hijos, no me separaré de ellos, a no ser que...

Iba a hablar de su propia madre, pero se contuvo; tenía que hacer siempre un verdadero esfuerzo para no decir lo que debía permanecer secreto; y muchas veces estaba a punto de gritar la verdad, aquella verdad que a ella la entusiasmaba, pero que su madre le tenía absolutamente prohibido decir.

Al poco rato llegó la mamá de Paulina, de la niña que estaba hablando con su padre y a la que éste había traído una preciosa cebra, "la única que había en todo París".

Los dos esposos se miraron retadores, sin saludarse, y la madre se inclinó para besar a su hija.

—Hola, hijita, me he retrasado un poco porque he recorrido toda la ciu-

dad para traerte un buen regalo, algo que no fuera visto, alguna cosa que fuera única en los almacenes, y al fin lo he encontrado. Tema... ¿te gusta? —le preguntó, enseñándole una cebra idéntica a la que su padre acababa de traerle.

Margarita, con aquella vivacidad de imaginación que tenía, susurró al oído de Julieta:

—En esta casa todo es doble... Dos papás... dos mamás... dos cebra... ¡Qué poco originales suelen ser los matrimonios!...

Julieta no replicó, pero sentía en su corazón un angustia dolorosa que casi la ahogaba. ¡Qué tristeza el espectáculo que veía en torno suyo! Padres que no querían a sus hijas, no, no las querían, porque, de haberlas querido, no hubieran dejado que se creara entre ellos aquel abismo insondable de la incompreensión, del rencor, de la desavenencia...

Los esposos que habían traído ambas una cebra a su hija, se miraban ahora con odio, y ella dijo con voz tajante:

—Espero que sea ésta la última vez que nos veamos. Puedes venir otro día a ver a la niña.

—Sí... vendré otro día... Pero lamentó decirte que tendremos que vernos mañana otra vez...

—¿Por qué?

—Ante el Juzgado, en el juicio de

reconciliación — concluyó el marido.

—No comprendo por qué nos citan a tal juicio; entre tú y yo, la reconciliación es imposible.

La niña dejó de fijarse en sus padres y se puso a jugar con las cebras; era muy chiquita para comprender muchas cosas, pero ya su corazón sentía que algo muy doloroso había clavado su zarpa en la vida y que ella no gozaría nunca de la alegría y la felicidad de que gozan otras niñas que vivían junto a sus padres y que nunca les oían discutir ni pelear.

De pronto, Julieta, que seguía sentada en la escalera al lado de sus otras compañeras, dió un grito de alegría y se puso en pie, bajando rápidamente los peldaños.

—¡Es mamá!—había gritado, al ver entrar a su madre en el gran vestíbulo donde todas las visitas estaban reunidas.

La doctora Presle venía a ver a su hija en una breve pausa entre sus visitas de médico. Le traía dulces y regalos, la miró con cariño, con un cariño serio y concentrado, que no se expansionaba, sino que, antes al contrario, se encerraba en un mutismo impenetrable, que no lograba alcanzar el corazón de la niña.

En otros rincones se habían ido colocando nuevas visitas. Las colegialas se encontraban con nuevas sorpresas fa-

millares. Una pequeña de siete a ocho años, al llegar al lado de su madre, se había encontrado con que ésta, empujándola hacia un niño de su misma edad, le decía:

—Vamos, Adela, da un beso a Enrique; desde hoy es tu hermanito.

—¿Mi hermanito?—inquirió la niña con extrañeza.

—Sí... Su papá y yo nos hemos casado... Ahora sois hermanos...

Los dos niños se habían mirado en silencio y no habían sabido besarse. Inconscientemente, uno y otra sentían un extraño rencor en su alma, como si cada uno de ellos fuera culpable de lo ocurrido. ¿Por qué eran hermanos, si nunca hasta ahora se habían visto?

En la escalera todavía quedaban muchas colegialas a las que nadie venía a ver. Eran las más desdichadas, las que sentían mayor abandono, las que sabían que nadie en el mundo se interesaba por ellas, que no importaban a nadie, que si se hubieran muerto, nadie las hubiera encontrado a faltar.

—Mira, Sonia...—decía una de ellas mostrando a otra más pequeña que lloraba en silencio, con un llanto desolado—. ¡No puede acostumbrarse a estos días de visita, en que nadie pregunta por ella!

Se acercó a la pequeña y le preguntó, sonriéndole para darle ánimos:

—¿No has aprendido aún a beberte

tus lágrimas?... Pruébalo... tienen gusto a mar... Yo antes también las dejaba correr, como tú, pero luego me he acostumbrado a tragarlas... Su misma amargura consuela. No llores así, criatura... Ya ves que no estás sola en tu soledad... A nosotras tampoco nos viene a ver nadie.

—¿Tú no tienes papás?— preguntó Sonia, haciendo un esfuerzo por contener su llanto.

—Sí... Papá está en las colonias... Y mamá... no sé... nunca me han dicho donde está mamá...

—Tampoco yo sé dónde está la mía... Ni siquiera sé dónde está papá... Un día riñeron ellos dos muy fuerte, muy fuerte, y pocos días después me trajeron aquí y no los he vuelto a ver... ¡Es tan triste pensar que nadie me quiere!

Se apoyaron en la barandilla y miraron a las demás, que charlaban animadamente cada una con su visita.

Margarita estaba también con su madre. Era ésta una mujer joven, guapa, elegante, distinguida, y la niña la contemplaba extasiada mientras le hablaba con volubilidad:

—¡Ay, mamá, si supieras el esfuerzo que me cuesta callarme! Cuando leo en los periódicos tus éxitos, los triunfos que obtienes en cada una de tus creaciones; me entran ganas de gritar a voz en grito "¡Escuchad, escuchad lo que dicen de mi madre!..." Y ten-

go que callar... Y cuando llega la noche y todas duermen, es cuando yo corto todos los recortes de prensa que hablan de ti... ¡Oh, mamá, qué maravillosa es tu voz, cuando tanta admiración despierta en todas partes!

—Hijita... pero no debes decir nada... Nadie sabe que soy artista, y si lo supieran, te harían sufrir... Es mejor que te calles... Cuando salgas del colegio y vengas a mi lado, entonces podrás decirles quién soy yo... Pero ahora es mejor que te calles... ¿Comprendes?

—Sí, mamá; pero me daría tanto gusto poderles decir a todas que eres célebre...

—Algún día se lo dirás... ¡Ahora, eres todavía tan joven!

—¡Cualquiera diría que tú eres muy vieja, mamá! ¿No ves que pareces mi hermana mayor?... ¿Cuándo me llevarás contigo?

—Cuando termines tu educación.

—Mira, mamá, ahora llega el papá de Julieta... ¡Qué guapo es!... Hace un momento ha venido también su mamá, pero ha tenido que marcharse enseguida, porque es médico y debe atender a sus enfermos.

Efectivamente, Pesele acababa de llegar e iba abrazado a su hija, a la que contemplaba con legítimo orgullo paterno.

—El colegio te prueba bien, Julieta.

Estás cada día más guapa y mejor. ¿Ha venido a verte mamá?

—Sí, acaba de marcharse. Tenía en su clínica un caso urgente y no ha podido estar conmigo más que unos minutos.

Presle iba saludando a un lado y a otro, a aquella señora y a aquel caballero, y a los demás también, porque a todos conocía, casi todos eran clientes suyos, casi todos habían ido a su bufete a consultarle su caso y a poner en sus manos su pleito sentimental.

—¿Es curioso, conozco a casi todo el mundo!—comentó Presle, riendo.

—Sí, papá, conoces a todos... desgraciadamente... —contestó Julieta, súbitamente entristecida.

—¿Por qué dices "desgraciadamente"?

—Porque... Es difícil de explicar, papá... Pero sería mejor que no conocieras a nadie.

—No te entiendo, hija mía. Son clientes míos, gente que acude a mí despachos. ¿Qué mal hay en ello?

—Acaso ninguno; pero mis compañeras, las hijas de todos esos clientes a los que tú saludas, son muy desdichadas, y ellas dicen que es por culpa tuya.

—¿Por culpa mía?

—Sí; tú has llevado el divorcio de sus padres y creen que eres tú quien los has separado de ellas...

—¡Qué locura!

—Papá... debe de ser muy triste ver a sus padres así... desunidos... convenirse de que no te quieren.

—Esto son ideas raras... Ningún padre deja de querer a sus hijos... La prueba es que todos vienen a verla...

—Vienen... pero siempre vienen acompañados de un nuevo papá... o de una nueva mamá... y nosotras, las hijas, a quienes queremos es a nuestros propios padres... no a esos improvisados, que vienen aquí a hacer sentir más íntima la vergüenza de una situación equívoca...

Julieta se interrumpió porque se dio cuenta de que Margarita la llamaba desde lejos.

—Papá, Margarita me llama... ¿Me dejas ir a ver qué es lo que quiere?

—¿Quién es Margarita?

—Mi mejor amiga... aquella que está allí, con su mamá, aquella señora tan joven y tan guapa que ahora nos mira sonriendo... Vámonos...

Se acercaron a la señora Momplé y su hija, y ésta, aturdidamente, dijo:

—Mamá, mira, ésta es Julieta, de la que tanto te he hablado; es muy buena y muy inteligente y nos avenimos las dos muy bien...

—¡Pero, hija, éste no es modo de presentar! ¿Es que no os enseñan aquí las reglas sociales? —rió la señora Momplé, divertida por la espontaneidad de la niña.

—Perdona, mamá... Es que... ¿sabes?... Me gusta portarme bien en sociedad, pero me fastidia tener que hacer las cosas rigidamente... Sin embargo... voy a hacerlo tal como nos lo enseñan.

Se puso muy seria, con aires de principista de ópera, y presentó:

—Mamá, te presento a mi amiga Julieta Presle y a su papá, el abogado señor Presle, uno de las glorias del foro... Mi mamá, la cée... se interrumpió, porque iba a descubrir su secreto, y añadió: La mamá más simpática y más buena de todas.

—A sus pies, señora —dijo Presle, inclinándose profundamente ante la dama.

—Margarita es la mejor de todas mis compañeras—añadió Julieta, besando a la señora Momplé.

—Y ella me ha hablado de ti como la más buena de todas sus amigas. Por eso te quiero ya desde ahora. Me parece que eres como una hermana de mi hija. Me gusta veros tan unidas.

—Gracias, señora... Y con su permiso las vamos a dejar... ¡Tenemos tantas cosas que decirnos papá y yo! Y supongo que ustedes también tendrán que contarse muchas, después de un mes entero de no verse!

Presle y su hija volvieron a ocupar su puesto. Julieta mimaba a su padre, le hablaba de mil cosas, le preguntaba

por todo cuanto le interesaba, y al fin, como si fuera su obsesión, volvió al tema que le interesaba:

—Todas mis compañeras te miran con recelo, papá. ¿No lo notas?

—Pero, en cambio, todos los papás me sentían... Es una compensación.

—No, eso es peor aún... Yo quisiera que todas las niñas te admiraran como yo te admiro... Pero no es así: todas están convencidas de que tú eres el culpable de que sus padres se separen.

—Hijita, eso es absurdo y te ruego que no insistas más en este tema... Yo no hago más que ampararme en la ley y hacerla cumplir.

—¿Existe una ley para... para eso?

—Sí, hijita, existe una ley... y yo no hago más que interpretarla en cada caso y ver la mejor manera de aplicarla.

—¿Y es una ley que se puede interpretar de muchas maneras?

—Sí, para cada caso hay que buscar la debida interpretación de esa ley.

—Entonces... no es una ley que pueda ser buena... La Ley de Dios tiene una única interpretación... y por eso no hay en ella equívocos posibles.

—Hijita... si tú te ves capaz de cambiar radicalmente el Código Civil, yo estoy dispuesto a aceptarlo, como acato el que ahora está en vigor... Y ahora tengo que marcharme. Estoy contento de verte bien, pero un poco descontento al ver qué ideas te atormentan... Créeme,

hijita, no quieras pensar en cosas que aun no puedes comprender...

Presle besó a su hija y salió del colegio olvidando pronto lo que la niña le había dicho, sin darse cuenta exacta de la trascendencia que tenían sus palabras ni de la honda huella que trazaban en su alma infantil.

También aquella tarde Dionisia había recibido la visita de su padre. Lo había encontrado flaco, triste, envejecido, con la cabeza cubierta de canas y la frente surcada de arrugas. El dolor de la separación había aniquilado a aquel hombre bueno, enamorado de una mujer que no había sabido ni comprenderle ni secundarle para caminar juntos por el camino de la vida, que no se presentó ante ella llano y trillado, sino repleto de abrojos.

—Papá... no puedes seguir viviendo solo... quiero marcharme contigo... —le dijo la niña, abrazándolo con toda su ternura, pues estaba convencida de que en su caso la víctima era su pobre padre.

—No puedes venir conmigo, peque-

ña... He tenido que cerrar el despacho... y me voy para siempre...

—¿Te vas?... ¡No, yo no quiero que te marches!... Déjame ir contigo. Yo trabajaré para ti...

—¡Eres aún tan niña!

—No importa... A tu lado sabré hacerme mujer...

—Demasiado tarde, pequeña... Ahora ya lo he perdido todo... y tengo que marcharme...

—Para ti es muy duro arrastrar solo la vida, papá...

—Más duro es todavía arrastrar el recuerdo del pasado... Y yo no quiero entenebrecer tu vida, hija mía... Me marchó yo solo... Trabajaré en lo que sea... Viviré de cualquier modo... ¡No puedo seguir así!

Se abrazaron fuertemente, como si aquel fuera el último abrazo que se pudieran dar, y el padre, sin volver la cabeza para que las fuerzas no le flaquearan, salió del colegio mientras Dionisia, con un esfuerzo poderoso de su voluntad, contenía sus lágrimas, que estaban prontas a estallar en un torrente de sollozos.

V

Das semanas más tarde cundió la noticia por todo el colegio.

—Van a sacar a Dionisia porque su padre se ha arruinado y no puede pagarle la pensión.

Dionisia se marchaba. Dionisia había sido siempre dócil, buena, obediente, cariñosa. Todas sus compañeras la querían, y la querían ahora más porque la sabían desdichada.

—Sacan a Dionisia del colegio...

—Dionisia es expulsada porque no puede pagar...

—Nos quedamos sin nuestra mejor amiga...

Así, de boca en boca, iba cundiendo la noticia e iba tomando cuerpo. Cuando llegó a oídos de Julieta, ésta permaneció unos momentos en silencio, como si reflexionara, y luego, irguiendo la cabeza, en un gesto resuelto y enérgico, dijo:

—Hay que hacer algo por ella.

—¿Qué podemos hacer nosotras?

—No sé... Pero yo encontraré el medio de hacer algo... Lo pensaré... No podemos dejar que se la lleven así... ¡Todas la queremos!... ¡Debemos defenderla!

Ninguna de las niñas veía el medio de defender a su compañera; pero Julieta quería hacerlo a toda costa, quería ayudarla, quería hacerle sentir que en aquel duro momento de la prueba no estaba sola y que sus compañeras se unían a ella y la defendían en la medida de sus posibilidades.

—Yo misma iré a hablar a la directora—dijo Julieta, que no se arredraba fácilmente.

—¿A la directora? No querrá recibirte.

—No me hará anunciar. Iré directamente a su despacho y tendrá que escucharme, aunque no quiera.

—¿Y si te castiga?

—No me importa... Me castigará cuando me haya escuchado... Estoy resuelta a todo. No quiero que Dionisia pase por esta humillación.

Con empuje de mujer, cruzó los pasillos, llegó hasta el despacho de la directora y dió unos ligeros golpes en la puerta.

—Adelante—replicó la voz de la directora, que creyó era alguna de las profesoras la que venía a estorbarla en la hora de la siesta.

Julieta entró. La directora estaba tumbada en una butaca, con los pies sobre una silla, dormitando y saboreando, de vez en cuando, una copita de licor que tenía colocada sobre una mesita, junto a ella.

—¿Eh?...—gritó la directora al ver a una de sus discípulas sorprendiéndola en aquella postura tan poco de acuerdo con la enseñanza que ella les quería dar.

—Soy yo, señora directora... Vengo a...

—Ya saben que les tengo prohibido que vengan directamente a hablar conmigo, sin anunciarme previamente su visita por medio de la señorita secretaria.

—Lo sé, señora directora; pero el asunto que me trae aquí apremia y no podía esperar.

—¿Le sucede algo malo? ¿Tiene usted que formular alguna queja?

—No, señora; no se trata de mí.

—Si no se trata de usted, ¿por qué demo...—se contuvo, pues iba a decir *demonios*, y la palabra no le pareció muy correcta para decir a una de sus educandas—. ¿Por qué viene usted a interrumpir mi rato de descanso?—concluyó, conteniendo su malhumor.

—Vengo a hablarle de Dionisia.

—Dionisia se marcha hoy del colegio y yo ya nada tengo que ver con ella.

—Este es el motivo que me trae aquí. Dionisia no puede marcharse de este modo...

—¿Quién la autoriza a hablar así?

—Señora directora... permíteme, yo no sé expresarme bien... Quiero decir que Dionisia... Yo ya sé que su papá se ha arruinado y no pueden pagar la pensión, pero es que yo quisiera ayudarla... Con las lecciones extraordinarias que yo recibo, ¿no habría bastante para pagarla?... Yo dejaría las lecciones y con el dinero que con ellas pago, le pagaría a ella la pensión...

—Eso es absurdo, señorita Presle.

—No, señora directora, no es absurdo... Mi papá es quien le ha hecho a Dionisia ese daño... Mi papá es el defensor de su mamá... y acumulando pruebas contra su padre, pruebas que sólo existen en los papeles, pero que no son ciertas, logró que el divorcio se fallara en contra de él... y esto lo ha arruinado moral y materialmente... Por

eso yo quiero reparar ese daño, ayudando a Dionisia... Déjeme que la ayude, señora directora...

—Ni yo puedo consentir semejante disparate, ni puedo dar oídos a esas ideas extrañas que bullen en su cabeza de niña. Dionisia saldrá hoy del colegio. No tengo nada más que decir.

Julietta salió del despacho de la directora, cabizbaja y preocupada, en el mismo instante que en el despacho de su padre, el sabio abogado Presle, entraba una dama elegantísima, joven, guapa, de grandes ojos rasgados y dulces que, enfrentándose con él, le saludó sonriente:

—¿Me recuerda usted, señor Presle?

—Sin duda... Es usted la mamá de una de las compañeras de mi hija. —

—Sí... Soy la mamá de Margarita Momplé... Estoy de paso en la ciudad y he venido a ver al abogado... para hacerle determinadas consultas.

—Siéntese usted, señora... Me será muy grato poderle ayudar y aconsejar. Estoy a su entera disposición.

—Precisamente es a propósito de Margarita... La familia de mi marido no ha querido nunca tratarse conmigo... Las razones que a ello les asisten no son ahora del caso... Lo que me preocupa es que... Yo le explicaré... Mi marido murió mucho antes de que naciera la niña... y...

—...la familia de su marido se niega a reconocer a la pequeña... ¿no es eso?—concluyó el letrado, familiarizado con toda aquella clase de asuntos y que sólo con mirar un momento a los ojos de sus clientes adivinaba ya todo cuanto tenían que decirle.

—Eso es... ¡Admirable!... No comprendo cómo ha sabido usted...

—Su caso no es el primero que se presenta ante mí, señora... La familia de su marido se niega a reconocer a la pequeña... alegando que usted ha llevado una vida que ellos juzgan no ha sido tan recatada y recta como querían exigir... y así se evitan tener que dejar a la niña la parte de herencia que pueda corresponderle.

—Señor Presle... parece que está usted leyendo el fondo de mi pensamiento.

—Acaso sea verdad... Acaso lo estoy leyendo en este momento—replicó él en tono insinuante.

Ella bajó los ojos con coquetería, y luego, más luminosos, más brillantes, más prometedores, los volvió a clavar en él.

—¿Me ayudará usted?... ¿Me aconsejará?... No puedo dejar que mi hija pierda la parte que le corresponde...

—La ayudaré... la aconsejaré... Una mujer joven y bonita no puede, no debe andar sola por la vida... Yo guiaré sus pasos... Tengo la noche libre...

¿quiere que cenemos juntos? Podremos así hablar más tranquilamente de cuanto le interesa.

—Gracias... acepto... ¡Es tan triste la soledad!

—Gracias por su confianza... A las diez... en el Variedades—dijo Presle, besando la punta de los dedos de la dama, mientras la acompañaba hasta la puerta del despacho.





Al secretario de Presle no le gustaban aquellos pinitos civiles.



—Ese vestido está horrible...



—Lo siento, Julieta, no podré ir contigo y tu padre.



Julieta y Margarita fueron pronto las mejores amigas.



Margarita la defendió:

—Pero... ella no tiene la culpa de lo que haga su papá...



—(No tenéis derecho a culpar a mi padre de un delito que no comete! Papá se limita a cumplir la ley.



Margarita estaba también con su madre, una mujer joven, guapa, elegante, distinguida...



Ninguno de los niños veía el medio de defender a su compañero...



—Señor Presle... Parece que está usted leyendo el fondo de mi pensamiento...



—Tienes razón... Adiós, querida, hasta mañana.



Cuando terminó la representación, Pedro fué al camarín a saludarlo.



Fola d'Ivi estaba ensayando su papel mientras la doncella arreglaba los últimos toques de su "toilette".



Foto d'Ivri miró un rato en silencio a aquella criatura y se acordó de su hijo...



—¡Cómo te admira, mamá, cómo te admira!



—Fue una feliz coincidencia que después olvidada sobre la mesa de mi despacho tus esulturas de la "Li-co-di-po",



—Tu "li-co-di-po" nos ha hecho comprender muchas cosas... y nos ha hecho encontrar de nueva la felicidad...

VI

Aquella noche, en el colegio, las educandas se hallaban reunidas en la escalera, en espera de que Dionisia pasara junto a ellas para poder decirle adiós y demostrarle que todas la querían.

Julista había prometido hacer algo por ella, detenerla en el último momento, insurreccionarse contra la directora, contra el régimen del colegio, contra todo lo que se opusiera a sus deseos, pero llegado el momento, cuando Dionisia, pálida y triste, apareció en lo alto de la escalera con su maletita en la mano, no tuvo valor de hablar, sintió que el corazón se le apretujaba de angustia, y sólo supo mirarla con una larga mirada de simpatía, de ternura, de comprensión, que Dionisia agradeció con una vaga sonrisa.

Bajó la niña la escalera en medio del silencio de sus compañeras y supo comprender todo el valor de aquel silencio, que era una despedida llena de amor

hacia ella. Ninguna podía hablar, pero en todos los ojos había humedad de llanto.

Al llegar al vestíbulo salió a despedirla la señorita Angela, que le estrechó la mano y le dijo con cariño:

—Dionisia, le deseo un buen viaje... y le ruego que me escriba alguna vez diciéndome cómo le va, si su tía la trata bien, si se encuentra a su gusto en la casa de campo a donde ahora marcha...

—¿Que le escriba? ¿Es de veras que quiere usted que le escriba?—preguntó Dionisia con la voz temblorosa de emoción.

—Sí, me será de gran consuelo saber que está usted bien, que su tía la quiere y la trata como a una hija... Y sería muy dichosa si un día pudiese usted decirme que lo de su papá se había solucionado satisfactoriamente...

—¡Oh, gracias, gracias, señorita An-

gelal!...—exclamó Dionisia, llorando—. Así no me siento tan sola...

—Pobre criatura... no lloro... Yo también he pasado por lo mismo que usted... También me vi abandonada... y no tenía una tía que me amparase a su lado... Tuve que hacer frente a la vida yo sola, decidir yo sola de mi existencia, y sé de toda la amargura de la soledad espiritual, la más dolorosa y terrible de todas las amarguras... Por eso no quiero que usted se sienta abandonada... Siempre que necesite desahogar sus penas, escribame... Yo la puedo comprender mejor que nadie...

Dionisia abrazó a la señorita Angela y, sin mirar a sus compañeras, sin volver la cabeza, se encaminó hacia la puerta y echó a correr dejando escapar un sollozo de angustia y desesperación cuando hubo traspuesto el umbral y se vió sola en medio de la calle, frente a la vida, sin más amparo que aquella lejana parienta de su padre que le había ofrecido un momentáneo amparo bajo su techo en una casa de campo aislada, lejos, muy lejos de la ciudad.

—¿No habías dicho que tú conseguirías que no se marchara del colegio? — preguntó una de las compañeras de Julieta, dirigiéndose a ésta en un tono de reproche.

—Sí... pero me habéis dejado sola para luchar... y por eso no he vencido.

—¿Qué querías que hiciéramos nosotras?

—¡Ayudarme!... Si nos uniéramos eso no pasaría...

—Julieta tiene razón... Debemos ser todas las que luchemos...

—¡Todas, todas!...

Estaban enardecidas, entusiasmadas, querían luchar, hacer algo para acabar con el penoso estado de cosas que las rodeaba. No sabían a ciencia cierta qué era lo que podrían hacer, pero bastaba su voluntad de hacer algo para consolarlas en aquel momento en que habían visto el dolor de Dionisia ante la desolación de su hogar troncado por el huracán de la vida.

—Mañana hablaremos de esto... Hoy a dormir... a reflexionar... a que cada una piense la mejor manera de salir de este caos que nos rodea... ¡Debemos salvarnos a nosotras mismas, salvando a nuestros padres! — gritó Julieta con vehemencia.

Y fueron cada una a encerrarse en su habitación, dispuestas a reflexionar en algo intangible, que bullía en su corazón y que su cerebro demasiado joven, demasiado poco formado, demasiado desconocedor de las pasiones que agitan a los hombres no acertaba a concretar en una forma precisa.

En aquella hora en que Julieta pensaba en cómo debían obrar para alcanzar la felicidad de sus hogares todas

sus compañeras, todas aquellas niñas que, mucho más desdichadas que ella, veían a sus padres separados por una confusión, por la perversidad de otras mujeres, por la maldad de la vida que se complace en desunir lo que de más sagrado y santo hay en el corazón de los hombres, sus propios padres, en la soledad del gabinete conyugal, sin darse cuenta ellos mismos, se ponían al borde del abismo como si les atrajera con su vértigo cegador.

—Marta — decía Presle a su esposa —, tengo dos entradas para ir al "Variedades" esta noche. ¿quieres venir conmigo?

—Lo siento, Pedro — replicó Marta mientras acababa de ponerse su chaqueta casi masculina y se colocaba un sencillito sombrerito de fieltro en la cabeza —. Tengo una enferma muy grave y vuelvo a la clínica ahora mismo.

—Es lástima... No me gusta ir solo al teatro...

—La vida de esa enferma está en mis manos... No puedo abandonarla...

—Tienes razón... Adiós, querida, hasta mañana.

—Buenas noches... Que te diviertas — dijo Marta, sin darse cuenta de que su marido la miraba con una mirada extraña, como si la viera por primera vez, como si la juzgara severamente al conocerla, de pronto, después de tantos años de convivencia.

Pedro salió y se encaminó al teatro; Marta salió y fué a su clínica a engolfarse en sus estudios científicos, a luchar contra la muerte, a arrancarle sus víctimas con todo el esfuerzo de su talento y de su abnegación.

En el "Variedades" vió Pedro Presle el espectáculo y fué comparando a la mujer que desde el escenario le dirigía sus cálidas miradas, con su propia esposa. La de la escena era toda femineidad; la que había dejado en casa tenía el aire fatigado, el aspecto más bien varonil, la mirada un poco dura, con esa dureza que da la lucha constante y el estudio concienzudo.

La cantante hizo aquella noche alarde de todo su arte. Estaba dispuesta a cautivar a Presle al que adivinaba una presa fácil, y desplegaba la magia de sus encantos de mujer unida a la maravilla de un arte.

Cuando terminó la representación, Pedro fué al camarín a saludarla.

—Ha estado usted maravillosa — le dijo, besándole la mano —. ¿Se han ido ya todos sus adoradores?

—Les despaché a todos... Me bastan las flores... Quería estar sola cuando usted llegara — replicó ella, mirándole coqueta y risueña.

—Se lo agradezco. Así puedo felicitarla mejor, sin testigos. Repito que ha estado usted admirable y que ha obtenido una vez más un éxito rotundo.

—La obra ha gustado mucho... Los autores deben de estar contentos—replicó la artista, como si no quisiera darse por aludida en aquel éxito que se debía mucho más a su arte que a la gracia del libreto.

—A mí la obra me ha parecido muy corta... pero no a causa de su interés, precisamente... ¡Estaba usted tan bella y me halagaba tanto sentirla admirada de todos!...

—El galán también ha tenido su parte en el triunfo — dijo ella, cada vez más coqueta e insinuante.

—Al galán lo he envidiado... Hubiera querido estar en su lugar... Yo hubiera dado a la escena más verismo, porque todo cuanto él le decía yo se lo hubiera dicho de verdad...

—¡Señor Preale!

—¿Por qué no me llama Pedro, simplemente?

Le volvió a besar la mano y ella la dejó entre las suyas, totalmente abandonada a aquella caricia respetuosa que tantas cosas le decía en el silencio de su camarín lleno de flores.

VII

Julietta se había levantado de la cama y, asomada a la ventana, contemplaba la infinitud del cielo sereno en el que la luz de la luna ponía palidices doradas.

Meditaba. Su corazón de mujerita sentía muy hondamente la pena de sus compañeras y, en lo más profundo de su ser, tenía la seguridad de que, si ellas querían, podrían hallar una solución a aquel problema que afectaba a la mayoría de las niñas pensionistas.

—¿Qué haces? ¿Por qué no te acuestas? — le preguntó Margarita, medio adormecida, dándose cuenta de que su amiga estaba allí, en la ventana, ausente, lejana, perdida en sus meditaciones.

—Estoy pensando.

—¿En la lección de mañana?

—No, no son las matemáticas lo que me desvela... sino el caso de Dionisia, el de Ivette, el de Adela, el de tantas

y tantas de nuestras compañeras... Tú y yo somos dichosas... ¡pero ellas!... ¡Ah, no, no podemos consentir que sigan así las cosas! ¡Debemos unirnos todas y hallar la solución a este mal! ¡Nuestros padres no pueden abandonarnos así!... Sus desavenencias no deben recaer sobre los hijos... Yo estoy segura de que si nosotras quisiéramos, nuestros papás no llegarían nunca a separarse...

—Sí, quizá tengas razón, pero ahora es preciso que duermas... Mañana hablaremos de todo esto...

Julietta se acostó, pero no pudo dormir en toda la noche. En su mente se forjaban mil planes distintos y todos le parecían descabellados o tontos, pero estaba segura de que al fin hallaría lo que buscaba.

Al día siguiente, a la hora del baño, cuando todas sus compañeras estaban

con ella en la piscina, les expuso sus planes.

Debían unirse y formar una asociación, una liga, una entidad que laborara eficazmente contra el divorcio. Tendrían sus estatutos, sus insignias, su junta directiva, todo, como una entidad de veras. Y las chiquillas escuchaban entusiasmadas ante la idea de hacer algo serio, como las personas mayores.

—¿Cómo llamaremos a nuestra asociación?

—“Liga de los derechos de los hijos” —sugirió una.

—No, mejor sería llamarla “Liga contra el divorcio de los padres” —añadió otra.

—Pero eso es muy largo.

—Se puede abreviar.

—¿Cómo?

—Muy fácil; ahora están de moda las abreviaciones... ¿Por qué no tomar la primera sílaba de cada palabra? Podríamos llamarla “Li-co-di-pa”... Liga contra divorcio papás... ¿Qué os parece?

—¡Formidable!... ¡Estupendo!... ¡Es un acierto!

—Li-co-di-pa... Me parece magnífico... —aseguró Julieta—. Ahora es preciso poner todas manos a la obra sin que nadie se entere. Escribiremos nuestro reglamento y formularemos las proposiciones pertinentes para elevarlas

al Ministro de Justicia y ver si conseguimos reformar esa ley... esa espantosa ley que consiste que los padres se separen y que los hijos queden abandonados a sus propias fuerzas. ¡Eso debe acabarse y se acabará!

—¡Viva Julieta Preshe! —gritó la misma niña que el día de la llegada de Julieta había inhuído a sus compañeras a hacer el vacío en torno a ella sólo por ser la hija de su padre, de aquel abogado que se encargaba de todos los divorcios y que hacía desgraciadas a tantas niñas.

—¡Viva! —respondieron todas, porque todas estaban entusiasmadas con la idea de la creación de aquella liga.

A la hora de la clase de mecanografía la profesora se quedó admirada de que todas las máquinas fueran tan veloces y de que las niñas no levantaran los ojos de su trabajo. Era la primera vez que aquello ocurría, pues siempre tenía que amonestarlas al verlas distraídas o perezosas. Hoy todas escribían con ardor copiando el tema que ella les había puesto en la pizarra.

Por lo menos así lo creía la profesora.

Lo que las niñas hacían con tanto interés no era otra cosa que los estatutos y reglamentos de la “Li-co-di-pa”, pues Julieta había dado a cada una una página de los mismos para que la pusieran en limpio.

"Antes de acudir al abogado, todo asociado vendrá obligado a contar a sus hijas los motivos que le impulsan a separarse de su consorte" — escribía una.

"Todo divorciado pagará una cuota extraordinaria de..." — tecleaba la otra.

"Las hijas son las encargadas de escuchar la razón que asiste a cada uno de los interesados, y de resolver el pleito logrando la reconciliación de los miseros".

"Las insignias estarán formadas por las dos alianzas matrimoniales unidas sobre un lazo que representa el lazo indisoluble del matrimonio".

Era deliciosa la ingenuidad de todos aquellos artículos, pero las niñas lo hacían con una tan gran seriedad, con un tan íntimo sentimiento de la importancia de su misión, que la "Li-co-di-pa" se transformaba en sus infantiles cerebros en la obra más trascendental de la sociedad moderna.

Aquello las tuvo entretenidas varias semanas. Podían trabajar muy poco, pues todo tenía que realizarse a escondidas de la directora y de las profesoras, y había que coser los lazos y las anillas y comprarlo todo, hasta el hilo y las agujas que escondían bajo los colchones para que no fueran hallados y descubrieran antes de tiempo todo el plan que estaban tramando.

VIII

Por primera vez desde que estaba en el pensionado, Margarita Momplé se quedó sin visita aquel segundo jueves de mes: su mamá, aquella mamá tan cariñosa, tan solícita, tan amante de su hija, no había acudido a verla, como hacía siempre, siempre llegando la primera y siendo la última en marcharse para tener más tiempo de estar al lado de su hija, a la que mimaba con verdadera ternura.

Julietta se dio cuenta de la tristeza de su amiga:

—¿Estás de malhumor?—le preguntó, acercándose a ella y acariciándole la cabeza ensortijada.

—Estoy preocupada... Me extraña que mamá no haya venido...

—Quizá no se ha encontrado bien...

—Sí, está buena, porque todas las noches va... — se quedó en suspense, porque iba a confesar su secreto sin darse cuenta, iba a decir que su mamá

acudía todas las noches al teatro, puesto que ella lo leía cada día en la prensa.

—¿Dónde va tu mamá? — inquirió Julieta extrañada de la suspensión que hacía su amiga, dejando truncada la frase que había comenzado.

—...a casa de mi abuelita... Yo sé que no está enferma... Por eso me preocupa más ver que no ha venido...

Julietta no dijo nada, pero en cuanto encontró la ocasión de ir al teléfono sin que nadie se diera cuenta de ello, llamó a la señora Momplé:

—Soy Julieta... la amiguita de Margarita — le dijo—. No... no se asuste usted, señora... no está enferma, no... sólo está muy triste y preocupada porque usted no ha venido a verla hoy, que es día de visita... No le diga que yo la he llamado. Lo hago sin que nadie lo sepa... Me ha dado pena verla tan

triste... Sí, señora, aun tiene tiempo de venir... Quedan dos horas para que se acabe la visita... Gracias... ¡Oh, qué contenta se va a poner Margarita!

La cantante se vistió sencillamente, con un traje oscuro de chaqueta y un gracioso sombrerito. Siempre que iba a visitar a su hija procuraba ir vestida con sobriedad, sin nada que delatara su condición de artista. En el colegio no le sabía nadie. Todos creían que era una señora viuda que vivía únicamente para su hija y que hacía una vida recogida de señora de su casa a la que nada importa más que la tranquilidad de su hogar.

Cuando llegó al colegio, Margarita se echó en sus brazos llorando:

—¡Qué angustia tan grande he pasado, mamá!... Creí que ya no me querías... ¿Qué te ha pasado?... ¿Por qué no has venido?...

—Me ha faltado tiempo... Los ensayos... el teatro... las obligaciones... pero mira, mira, te he traído una cosa que hace mucho tiempo sueñas en ella—dijo la madre, queriendo distraer a su hija.

—¿Qué es, mamá? —preguntó Margarita con los ojos brillantes de ilusión.

—Mira... te he traído este relojito de pulsera que tanta ilusión te hacía.

—¡Oh, mamá, qué alegría!... Qué bonito es... deja que me lo ponga... ¡Oh, qué contenta estoy!... ¡Julietta, Ju-

lieta... mira que me ha traído mamá! —dijo, llamando a su amiguita que estaba resplandeciente de júbilo al ver la alegría de su amiga, en la que ella había tenido buena parte.

—Es monísimo —afirmó Julieta sonriendo.

—Sí, es muy bonito... Pero mira, mamá, Julieta no tiene ninguna joya...

—Yo le voy a regalar esta sortija que llevo —dijo la Mampló, sacándose del dedo una preciosa sortija de oro con un claro brillante en el centro.

—Pero señora... yo no puedo aceptar... es un regalo demasiado costoso...

—Tengo un verdadero placer en regalártela, hija mía... Te quiero como si fueras mi propia hija... Sé que eres buena, cariñosa, fiel... Acéptala como un pequeño recuerdo mío...

—Señora... pero...

—Póntela, vamos... ¿Te está bien?... Sí, a las mil maravillas, ni que te la hubieran hecho expresamente para ti... Vamos, quédate con ella, dame este gusto...

—Gracias, señora, muchas gracias—murmuró Julieta loca de júbilo.

—Gracias a ti, Julieta... Tú me has hecho conocer todo el valor de los hijos. Nunca sabemos lo que tenemos con ellos... Las madres tenemos la obligación de saber estar al lado de nuestras hijas, de penetrar en sus corazones, de

adivinar sus pensamientos... La sincera amistad que te une a Margarita me ha hecho ver más claramente el deber de madre... Quisiera no tener que separarme nunca de ella... de ella ni de ti... — añadió, acordándose de Pedro Presle y de su íntima tragedia conyugal al encontrarse con una esposa entregada por entero a la ciencia y olvidada de sus deberes de mujer.

IX

La doctora Presle estaba en su laboratorio haciendo nuevos experimentos, secundada por su ayudante y hombre de confianza, un muchacho de unos veinticinco años que se había comprometido de tal forma con la directora del hospital-clínica que ésta estaba completamente tranquila cuando tenía que ausentarse, pues sabía que él cumpliría fielmente todas las órdenes que le dejaba con respecto a los enfermos en tratamiento.

Gustaba la doctora Presle de hablar con aquel muchacho inteligente y comprensivo y alguna vez charlaban de cosas que nada tenían que ver con los enfermos ni con su carrera.

—Nunca conocemos bastante a nuestros hijos —decía aquella tarde la doctora Presle a su ayudante—. Hoy he ido a visitar a mi hija y me ha dicho cosas para mí completamente incomprensibles. Hubiera preferido tener un

muchacho. Los hombres son menos complicados que las mujeres. Y las cuquillas de hoy día son de unos sentimientos tan raros...

—¿Usted cree de veras que los muchachos son menos complicados?—preguntó él, mirando a la doctora con una mirada triste y reconcentrada.

—Sí... los hombres son más fáciles de contentar... En el fondo del corazón de toda mujer hay siempre una fuente inagotable de descontento.

—Quizá sea así... Pero también los hombres sufrimos... y los niños acaso sufran tanto como las niñas con la incompreensión de los mayores.

La doctora Presle dejó lo que estaba haciendo y miró a su ayudante con interés:

—¿Ha tenido usted una infancia desgraciada? —le preguntó.

—Sí, muy desgraciada, y creo que esto ha influido en mi vida y seguiré

influyendo siempre. Tenía yo doce años cuando mi madre... usted perdóne que le hable de este asunto tan triste, pero a veces el corazón no puede más con su amargura y necesita dejarla fluir por los labios... cuando mi madre me abandonó por seguir a otro hombre que no era papá... Y papá me puso en un pensionado. Sufrí mucho. Veía a los demás niños felices porque sus padres iban a verlos con frecuencia; veía las caricias que sus mamás les prodigaban, la ternura de que les rodeaban, las atenciones que con ellos tenían, y yo me decía a todas horas, con una machacona repetición: "A ti nadie te quiere, a ti nadie te quiere, a ti nadie te quiere..." Y el convencimiento, la seguridad de que estaba solo en el mundo, de que nadie me había querido, ni mi padre que nunca iba a verme, ni mi madre que me había abandonado por seguir otro amor, hicieron de mí un niño melancólico, huraño, triste, que se engolfó en el estudio y en la ciencia buscando un refugio a su desamparo... Y aquello me hizo perder la fe en todo: si ni mis padres me querían, ¿cómo podría encontrar un cariño sincero en la vida? Por eso estoy aquí. Vivo para los enfermos. Ellos me necesitan. Encuentro en este trabajo y en la fatiga que él me proporciona, un raro consuelo a mi soledad. Si un paciente me sonríe se lo agradezco como el

prisionero agradece al sol que le mande desde la altura un rayo que penetre por un momento en su celda para hacerle revivir; si consigo alejar de un enfermo el peligro de muerte que le amenaza, siento que he hecho un bien a un semejante y que ese semejante ha de tener hacia mí un agradecimiento que puede parecerse un poco a un destello de ternura... Créame, doctora Presle, los muchachos tenemos también nuestra sensibilidad... y el desamparo de los padres nos puede hacer tanto daño como a la más delicada de las niñas.

La doctora Presle quedó silenciosa unos momentos y luego dijo con la voz cambiada:

—Ha conseguido usted emocionarme... Mañana mismo iré al pensionado a ver a mi hija... Tiene usted razón: una madre no debería separarse nunca de sus hijos...

Al día siguiente fué al pensionado. Julieta se quedó sorprendida al ver a su madre en un día extraordinario, fuera de visita, y temió que algo malo ocurriera.

—¿Está enfermo papá? — preguntó.

—No, hija mía, pero no pude venir el día de visita y he venido hoy. La directora me ha dado permiso para verte... No quisiera apartarme de ti... Te siento cambiada, extraña a mí, como si algo te fuera separando de mi alma...

La última carta que me escribiste me dió mucha pena... Te has transformado, Julieta, y dices unas cosas que ya no son de niña, sino de mujer.

—Mamá, es que tú no quieres convencerme de que he dejado de ser niña. Aquí he visto de cerca lo que es la vida. Todas mis compañeras sufren los zarrazos de la suerte... y yo quisiera poder remediar todos esos males... ¿Es que en el matrimonio no se encuentra la felicidad?

—Julieta, eres demasiado joven para pensar en estas cosas. No quiero oírte hablar así.

—Tengo derecho a saber todo lo que ignora. Mamá, tú debes contarme las cosas que a mí me interesan... ¿Por qué los papás se separan y dejan abandonados a sus hijos, sin motivo aparente alguno?... No son los hijos los que han pedido venir a la vida... Son los padres los que, por amor, los traen al mundo... ¿Por qué, pues, no saben, por amor, continuar a su lado aunque sea sacrificando un poco sus propios egoísmos?

—¡Julieta!... ¡Calla, calla, no quiero que sigas hablando de ese modo! — exclamó la doctora Presle que no podía acostumbrarse a pensar que su hija era ya una mujer y que toda la amargura de la vida comenzaba a hacer en su alma una honda huella.

De pronto se fijó en la sortija que

Julieta lucía en su dedo, y le preguntó extrañada:

—¿De quién es esa sortija que llevas?

—Mia, mamá — contestó la niña con naturalidad.

—¿Tuya?

—Sí, me la han regalado.

—¿Quién ha podido hacerte un regalo de tanto valor?

—La señora Momplé, la mamá de Margarita.

—Hija mía, no se debe nunca aceptar un regalo de esa calidad de nadie. Esa señora no debió darte esta sortija.

—La señora Momplé es cliente de papá y me dijo que podía aceptarla, porque con ello no hacía más que pagar los servicios que papá le prestaba.

—No mezelemos a tu padre en este asunto — arguyó la señora Presle poniéndose seria de pronto—. Dame la sortija. Yo misma iré a llevársela a esa señora y le explicaré los motivos que tengo para no aceptar tal regalo para mi hija.

La señora Presle se despidió de su hija que volvió al lado de Margarita un poco triste.

—Tu mamá es guapísima — le dijo Margarita, tratando de distraerla.

—Sí... pero está cambiada... la he encontrado triste... Y luego nos hemos peleado... No quiere darme cuenta de que ya soy una mujer y me habla como

a una niña... Pero yo he visto algo raro en sus ojos... ¡Ay, Margarita, tengo miedo, mucho miedo!

—Miedo... ¿de qué?—inquirió Margarita.

—No sé... De algo indefinible... Co-

mo si me amenazara alguna desgracia. Papá y mamá no salen nunca juntos. Ni un sólo día han venido juntos a verme...

Y sin saber por qué, rompí a llorar con amargura.

X

La doctora Preste, al salir del pensionado, se encaminó a casa la señora Motaplé. Llamó a la puerta y preguntó si estaba en casa a la doncella que salió a abrirle.

—La señorita no ha llegado todavía, pero no puede tardar... Si quiere ceporrla puede pasar al salón.

Procediéndola, la acompañó hasta el salón, un salón elegante, coquetísimo, delicado, de mujer muy mundana y de un gusto refinado.

La doctora Preste miró en torno suyo con ojos inquisidores y pensó que la dueña de aquella casa debía de ser una mujer... ¿cómo decir?... una mujer un poco... sí, desde luego, equívoca, esta era la palabra que mejor cuadraba a aquel ambiente.

Oyó en aquel momento un llavín que entraba en la cerradura de la puerta del piso, que alguien abría y entraba, como si entrara en su propia casa y se ade-

lantaba confiadamente hacia el salón, como quien conoce bien todas las habitaciones.

Se volvió y se encontró frente a su marido.

—No esperabas encontrarme aquí... ¿no es cierto? — preguntó ella con una contenida amargura en la voz.

—No... ciertamente... era lo que menos podía imaginar... — balbuceó él, buscando una excusa que no acertaba a encontrar.

—Lo supongo... Tampoco pensaba yo en ti en estos momentos...

—No vayas a imaginar... — comenzó a decir Preste, siempre en busca de la excusa salvadora que no venía a su mente.

—No tengo tanta imaginación — replicó fríamente su esposa, dominando su dolor para no mostrar más que su despecho—. ¿Conoces este anillo? —

añadió, mostrando la sortija que venía a entregar.

—Sí—contestó él, cogido en la trampa. Y en seguida, dándose cuenta, rectificó—. Digo... no... no sé de quién es...

—He venido a devolvérselo... Mi instinto de mujer no me ha engañado. Esta sortija estaba en el dedo de nuestra hija... Julieta no debía llevarlo... Tú mismo se lo puedes devolver—dijo,

dejándolo sobre una mesita y disponiéndose a salir.

—Marta... en casa yo te explicaré...

—murmuró Pedro.

—Tu casa, desde hoy, es ésta... No necesito darte más explicaciones—dijo Marta, saliendo con dignidad, pero con el alma destrozada por aquella realidad en la que nunca hubiera podido creer.

XI

En el colegio se trabajaba cada día más activamente en ultimar todos los detalles concernientes a la "Li-co-di-pa", y las chiquillas se afanaban con ansia para dar fin a su tarea.

Incluso una de las alumnas, con disposición extraordinaria para la música, había compuesto el himno de la liga, y en las horas de recreo, a escondidas de las profesoras, lo ensayaban para cantarlo a coro el día en que lanzaran al público sus reivindicaciones y sus leyes.

Julietta era la que dirigía todo aquello, la que les daba ánimos, la que estaba decidida a todo, puesto que era ella la que lo había organizado y la que había dado vida a la "Liga contra divorcio papás", convertida en la "Li-co-di-pa", nombre que daba a la Liga algo de seriedad legislativa.

En la sala de gimnasia era donde

las niñas tenían sus sesiones y donde cada una exponía las ideas que se le iban ocurriendo para redondear bien todos los artículos que formaban los estatutos de la sociedad.

—¡Pido la palabra! — gritó Julietta en medio de la confusión de voces que se alzaba en torno suyo enzarzadas en la eterna discusión de los temas a tratar.

—¡Silencio! — dijeron algunas.

Se hizo el silencio y entonces Julietta preguntó:

—¿Adónde mandaremos nuestras reivindicaciones para que tengan efecto eficaz?

—Habría que hacerlas llegar al Ministro de Justicia — sugirió una.

—En efecto... Yo misma me encargo de ello... Iré al Palacio de Justicia y se las entregaré... Forzosamente tendrá que escucharme.

XII

Aprovechando el día de permiso para salir, Julieta, con su gran cartera debajo del brazo, se encaminó al Palacio de Justicia y entró resueltamente en él. Al verse dentro de aquel enorme edificio sintió su pequeñez y temió no poder realizar la misión que sus compañeras le había confiado. Se acercó a un bedel y, con aire tímido, le dijo:

—Vengo a hablar al señor Ministro.

—¿Al Ministro? —preguntó el hombre, burlón, mirando a la niña.

—Sí... vengo en representación de una sociedad.

—¿De una sociedad...? Jeeem... Me parece muy pequeña para representar a nadie.

—Pues vengo en representación de la "Li-co-di-pa"—dijo la niña con mucha seriedad.

—Mira, rica, vete otra vez al colegio y no creas que se puede tomar el pelo tan fácilmente a un viejo como

yo... Vete a paseo tú y tu "Li-co-di-pa"—murmuró el hombre de mal talante.

Y Julieta se marchó corriendo, sofocada, humillada, llena de vergüenza y, no sabiendo dónde dirigir sus pasos, pues no quería volver al colegio sin haber entregado a alguien su famosa ley, fué directamente a su casa para hablar con su papá y ver si por su mediación conseguía hacerla llegar a manos del ministro.

Cuando llegó la doncella le dijo que su papá no estaba en casa. Julieta entró en el despacho de su padre y encontró a su secretario encaramado en una escalera sacando todos los libros de las estanterías:

—¿Dónde está papá?—le preguntó.

—Pues... no sé... no ha dicho... —murmuró el pobre hombre, sin saber qué explicación dar a la niña, porque bastante triste encontraba la situación

para embrollarla más poniéndola en conocimiento de la chiquilla.

—¿Vendrá pronto?

—No sé... no sé... ¿Quería alguna cosa?

—Sí, necesitaba que me diera algunos consejos acerca del divorcio—dijo la niña, muy seria.

—¿El divorcio?... ¡Ah... así... usted ya sabe...! ¡Cuánto la compadezco, señorita Julieta!

—¿Compadezco?... ¿Qué es lo que quiere decir?... ¿Qué es lo que yo ya sé? —inquirió Julieta mirando al secretario con los ojos muy abiertos, como si comenzara a comprender y no quisiera saber lo que aquel hombre le insinuaba.

—Nada... nada... yo creí que... Vaya a ver a su mamá... —murmuró el infeliz como si se encontrara cogido en una trampa.

Julieta corrió al cuarto de su madre y encontró a ésta llorando amargamente.

—¡Mamá... mamá... mamá... —exclamó arrojándose en sus brazos.

—Julieta, hija mía... ¿quién te ha llamado? ¿Por qué has venido?... —

—¿Por qué lloras, mamá?... ¿Qué ha pasado?... ¿Qué es lo que ha querido insinuarme el secretario de papá...?

—Hija, hijita... ¡Me sentía tan sola!... Pero ahora ya estás tú aquí, y no necesito nada más en el mundo...

Tú serás mi refugio, mi compañía, mi todo...

—Pero... ¿es que papá...? ¿Otra mujer nos lo ha robado? —gritó Julieta, sintiendo un agudo dolor en su corazón.

—No juzgues mal a tu padre, hija mía, él te adora...

—Yo creí que te adoraba a ti —replicó Julieta.

—Es muy difícil adorar a la mujer propia... Se la ve demasiado de cerca, se conocen demasiado todos sus defectos, todas sus debilidades... Y nosotros nos olvidamos a veces de lo escuñiditas que son los hombres y de que cualquier cosa los puede arrancar de nuestro lado... No te preocupes, hijita... vuelve al colegio; y sobre todo no juzgues mal a papá... Acaso la culpa no haya sido más que mía...

Julieta llegó al colegio con el desaliento en el alma y la amargura en el corazón... Así, ella, ella también era como sus compañeras: la hija de un matrimonio desavenido... Al salir de su casa, la doncella, en pocas palabras, le había contado la verdad: su mamá había encontrado a su papá en casa de una artista de teatro... y todo había concluido entre ellos... ¡Ah, ella era igual, igual que sus compañeras, tan desdichada como ellas, o acaso más, porque había creído poner remedio a un mal que ahora se apoderaba de ella

como una lepra corroedora y terrible.

—¿Qué te ha pasado?... ¿Es que el ministro te ha puesto de patitas en la calle? — le preguntó con sorna una de sus compañeras.

—Sí... eso... el ministro no ha querido recibirme... — replicó Julieta llorando y corriendo a encerrarse en su habitación.

Cuando se vió a solas con Margarita le dijo:

—He llegado al colegio tan tarde a causa de mis padres... He ido a casa y me he enterado de que ellos también sufren desavenencias...

—¿De veras?...

—Sí... mañana te contaré...

XIII

Al día siguiente Julieta, delante de todas sus compañeras, explicó el caso, hablando de él como si se tratara de otras personas:

—Ha de entrar en acción inmediatamente la "Li-co-di-pa" — les dijo—. Hemos de evitar la catástrofe que se cierne sobre un matrimonio que está a punto de romper... Se querían, se adoraban, vivían para su trabajo, para su hogar... y para sus hijos... Y ahora, por una mala mujer, van a separarse... Esa mujer ha destrozado sus vidas... Es una artista de teatro.

—¿Una artista de teatro?... ¡Hay que acabar con ella, sea como sea! — gritaron algunas niñas, enardecidas.

—¿Cómo se llama?—preguntó Margarita, temerosamente.

—Pola d'Ivri — respondió Julieta, desconociendo lo que aquel nombre representaba para Margarita.

—Destrozaremos la carrera de esa Pola d'Ivri — afirmaron las niñas.

—Ya quisiera... quisiera decirles que... — murmuró Margarita haciendo grandes esfuerzos por contenerse — decirles que, antes de llevar a cabo vuestros planes, deberíais enteraros bien de si es verdad eso que estáis diciendo...

—Margarita, no olvides que el matrimonio en cuestión son mis padres... y que mamá no me ha mentado... Es Pola d'Ivri la que se ha interpuesto entre papá y mamá... y yo haré todo cuanto pueda para que esa mujer no destruya sus vidas...

Margarita rompió a llorar con grandes sollozos y ninguna de sus amigas supo a qué se debía aquel llanto desesperado que brotaba de su garganta como un torrente impetuoso que todo lo arrastrara.

Conviniéron en que aquella misma noche irían al teatro y darían el escán-

dalo a fin de que el público se enterara de quien era aquella mujer y, arruinándola así artísticamente, se viera forzada a emigrar y dejara el terreno libre a los padres de Julieta para que pudieran llegar a una reconciliación.

Salieron todas de sus habitaciones de puntillas, sin hacer ruido, y salieron a la calle una tras otra. Unicamente Margarita no quiso seguir las pretextando que no se encontraba bien. En realidad estaba enferma. Sentía en la cabeza una sensación extraña de fatiga. Hubiera querido poder dormirse para siempre, olvidar todo lo que en un momento había sabido, hundirse en la nada para no sufrir la espantosa tortura que estaba sufriendo. Subió a lo alto de la escalera y miró desde la barandilla, atraída por la cima que se abría a sus pies. Pero abajo estaban aún algunas de sus compañeras y no quiso mezclarlas a ellas en la resolución que acababa de tomar. A tientas, sin encender luz alguna que pudiera descubrirla, llegó hasta la cocina, abrió la espita del gas y se puso sobre el hornillo aspirando con ansia el veneno que había de llenar sus pulmones y poner paz a su espíritu atormentado.

Sin sospechar lo que sucedía a Margarita, la comisión de niñas presidida por Julieta fué al teatro donde actuaba Pola d'Ivri. Se presentaron al conserje como periodistas y éste, un po-

bre viejo que no tuvo valor para detener a toda aquella chiquillería, se preguntó en voz alta:

—Si el periodismo está en manos de esas chiquillas... ¿qué harán los viejos periodistas?

Y la pequeña Ivette le contestó con ironía mientras se escabullía a su lado:

—¡Son conserjes!...

Pola d'Ivri, estaba ensayando su papel mientras la doncella arreglaba los últimos toques de su toilette, cuando entraron a anunciarle que una comisión de periodistas quería hablar con ella.

—Que pasen — replicó, creyendo en la mentira que Julieta se había inventado para llegar hasta ella.

Fuó Julieta la primera en entrar y, al encontrarse frente a la mamá de Margarita se quedó profundamente pálida y dijo dolorosa y confundida:

—¡Es usted!...

—¿Qué vienes a hacer aquí?... ¿Qué tienes que decirme? — inquirió la artista, mirando sorprendida a la niña.

—¡Usted es Pola d'Ivri!... Ella no me lo había dicho nunca... Nunca pude pensar que... ¡Oh, cómo debe sufrir ella también!... ¡Y yo le he hecho daño sin saberlo!

—¿Qué es lo que quieres decir?

—¡Usted no puede separarme de los padres!... ¡Usted no puede destrozar nuestro hogar!... ¡Usted quiere demo-

siado a su hija para hacernos tan desgraciadas a las dos! — exclamó Julia con lágrimas mal contenidas.

Pola d'Ivri miró un rato en silencio a aquella criatura y se acordó de su hija, pensó en lo que estaría haciendo Margarita en aquellos momentos en que, descubierta una verdad que nunca debía haber conocido, se consumiría sola con su dolor, sin nadie a su lado para consolarla y confortarla... y sintió que su corazón, súbitamente, despertaba a la verdad:

—No sufras, pequeña... Yo no quise hacerte daño... Sabes lo que no debías haber sabido nunca... pero puesto que ya lo sabes, quiero decirte también una cosa: vela siempre por tu padre... Tu padre es joven, es simpático, es seductor... no le atjes nunca solo... Vuélvete a su lado... Yo te prometo que no volveré a verle más...

En aquel momento llamaron a Pola d'Ivri al teléfono: era de la clínica de la doctora Presle y le decían que fuera rápidamente allí, que acababan de llevar a su hija, gravemente enferma...

Margarita había sido llevada a la clínica de la doctora Presle en estado casi comatoso. La señorita Angela la había encontrado desvanecida en la cocina impregnada de las emanaciones del gas, e inmediatamente había sido trasladada a la mejor clínica de la ciudad.

La doctora Presle no pensó nada más

que una enferma grave era confiada a su cuidado y, con la conciencia absoluta de su deber, se entregó en cuerpo y alma a devolver la vida a aquel ser que se hallaba ya al borde de la muerte. Le aplicó la respiración artificial y no se movió de su lado, vigilando constantemente las reacciones, añisando los menores movimientos del pulso, ayudando a la naturaleza a despertar de aquel letargo producido por el tóxico, mientras había dado orden de que se avisara a su madre, olvidada por completo de que aquella mujer era la que había roto su vida.

Cuando la señora Mompilé llegó a la clínica, Margarita estaba ya casi fuera de peligro y la dejaron entrar en la sala donde estaba su hija y la doctora Presle.

Las dos mujeres cambiaron una rápida mirada: la de la doctora era seria, penetrada de toda la conciencia de un deber cumplido honradamente; la de la artista era tímida, humilde, suplicante, como la mirada de un culpable arrepentido que implora perdón.

—La niña está fuera de peligro —en limitó a decir la esposa ultrajada a su rival.

—¡Me la ha salvado usted! — exclamó la madre con un acento en el que vibraba la admiración y el agradecimiento.

—No te hecho más que cumplir con mi deber.

—¿Puedo quedarme aquí?

—Sí, a condición de que no hable a la enferma... Debe permanecer tranquila y sin emociones fuertes, hasta que el corazón haya recobrado su ritmo

normal. Yo iré a hacer mi visita de inspección a las otras salas.

Salió, y Julieta se arrojó en sus brazos y la besó largamente diciéndole:

—¡Cómo te admiro, mamá, cómo te admiro!...

—Vuelve al colegio, hijita... No son estos momentos para que tú estés aquí.

XIV

Al llegar al colegio Julieta se encontró con una carta dirigida a la presidenta de la "Li-co-di-pa". La directora había preguntado qué era aquello de la "Li-co-di-pa", y las educandas habían dicho que lo preguntara a Julieta, que era la presidenta.

—¿Qué significa esto?... ¿Qué quiere decir esta carta que viene del Ministerio dirigida a la "Li-co-di-pa"? — preguntó la directora paseando enfurecida entre las alumnas—. No he tenido bastante disgusto con lo ocurrido a la señorita Momplé que me tengo que ver ahora envuelta en otro asunto escabroso. ¿Qué es lo que quiere el señor ministro?

—Señora directora... en los disgustos, compostura... — remedió la pequeña Ivette, recordándole sus propias locuciones.

—¿Quieren explicarme qué quiere

decir todo esto? — rugió de nuevo la directora.

—La "Li-co-di-pa" es una liga a la que todas nosotras pertenecemos; todas formamos parte de ella; y la hemos constituido para luchar contra la ley del divorcio que tantos hogares deshace y tantas vidas infantiles destruye... ¿Cómo lo ha sabido usted? — inquirió Julieta.

—Por esta carta del Ministerio.

—¿Y qué dice el señor ministro?

—¡No lo sabrán ustedes nunca!...

¿O es que se han creído que son ustedes las que mandan en esta institución? ¡Yo soy la directora! ¡Era a mí a quien habían de comunicar todos sus proyectos! ¡No les diré lo que dice la carta!

—¿Y se va usted a rebelar contra el Gobierno? — gritó la pequeña Ivette, arrebatando de manos de la directora la carta del ministro.

Corrieron las niñas a otro lado de la casa para leer con calma la carta que no era más que un oficio en el que el señor Ministro de Justicia citaba a la comisión de la "Li-co-di-pa" para que expusiera verbalmente sus pretensiones y poder someterlas al Consejo de Ministros.

Cuando las niñas se presentaron ante el ministro éste fingió una gran extrañeza y les dijo, sonriendo:

—¿Pero son ustedes las organizadoras de esa famosa "Li-co-di-pa"?... Yo creí que me encontraría ante unos respetables y barbudos señores... o ante unas damas sesentonas repletas de triaca experiencia de la vida...

—Perdone, señor ministro, pero todas somos hijas de matrimonios divorciados. Nuestros padres se han separado, sin acordarse de nosotras, prescindiendo de nosotras como si fuéramos trastos inútiles o muebles viejos... Y hemos constituido esta liga para luchar contra el divorcio...

—¿Y... tienen ustedes algún proyecto?

—Sí, señor, tenemos muchas cosas para presentar... Traemos más de doscientas leyes nuevas... ¡Hemos trabajado mucho en ellas, señor ministro!

Julietta hablaba con entusiasmo, dichosa de poder al fin exponer su idea ante el ministro y sin preocuparse de

averiguar cómo había llegado a oídos del señor ministro la constitución de aquella liga por ella creada.

—¡Doscientas leyes!... ¡No es pequeño el trabajo, señoritas! Pero... ¿las han inscrito ya en el Registro correspondiente? — preguntó, sonriendo.

—No..., señor... no sabemos...

—Entonces, no sirven para nada.

—¡Pero señor, no hay una ley que pueda defendernos!... ¿Es que nunca conseguiremos la ayuda de la ley, el amparo de la ley, nosotras, las abandonadas, las que nos vemos al margen de la vida a causa de una legislación falsa y malvada? — gritó Julieta con un grito salido de lo más íntimo de su alma.

—Hijas mías... todas las leyes humanas son imperfectas... y os aconsejo que nunca acudáis a ellas—dijo el ministro hablando con infinita benevolencia—. Pero hay una ley sagrada que rige el mundo y que no está escrita en el Boletín Oficial, sino que se escribió en piedra para que fuera imborrable, imperecedera, y fuera transmitiéndose de generación en generación a través de los siglos: es la ley divina de la que nunca deberían separarse los hombres... Acogeos a ella, hijas mías, y cuando os caséis seguid sus sabios preceptos... Sólo en la ley divina pueden los hombres hallar la paz y la comprensión... En el matrimonio pueden surgir siem-

pro diferencias, pueden hallarse abrojos, pueden alzarse murallas de frialdad o abismos de odio entre los esposos... siempre que éstos quieran huir de la Ley de Dios, pero si se acogen a ella, si saben seguirla, las diferencias quedarán horridas, los abrojos serán apartados del camino por manos amorosas, las murallas serán derribadas al calor del cariño y los abismos insondables serán llenados con la indulgencia y el perdón... Si hoy, como hijas, os sentís desdichadas porque vuestros padres se han acogido a la ley humana, como esposas, podréis ser felices si sabéis acogeros a esta ley sagrada a la que toda la humanidad debería acatar. Y para que no os sintáis tan solas en la labor que os habéis impuesto, voy a presentaros a un abogado que podrá intervenir en vuestra causa y osos de mucha ayuda.

El ministro se levantó y fué hacia una puerta del despacho que abrió, dando paso a Presle que corrió a su hija, abrazándola fuertemente sobre su pecho:

—¡Hija, hijita mía!...

—El señor ministro me ha citado, papá — dijo Julieta, queriendo disculpar su presencia allí.

—A mí también, hija mía... Fué una feliz coincidencia que dejaras olvidada sobre la mesa de mi despacho tus estatutos de la "Li-co-di-pa"... Yo pude

presentar tus trabajos al señor ministro... y al mismo tiempo los he estudiado tan detenidamente que, desde ahora, seré su mejor propulsor y su fiel siervo... ¿No ves?... Soy el primero en ostentar vuestra insignia — dijo Presle mostrando en el ojal de su chaqueta el lazo con las dos alianzas cosidas a él.

—¡Oh, papá, papá! — murmuró Julieta, completamente feliz.

—Y ahora, con la venia del señor Ministro, me voy a llevar a casa a la señora presidenta de la "Li-co-di-pa"... Mamá nos espera... Vamos...

Al llegar a casa, Julieta se encontró con una madre nueva... La doctora Presle no era ya la mujer vestida eternamente con su traje sastre de corte severo y su sombrero de fieltro que le daba un aire masculino, sino que era la mujer toda femineidad, envuelta en gasas y tulés en un elegantísimo traje de noche.

—¡Mamá, estás guapísima!... ¡Si no te hubiera conocido! — exclamó Julieta besando a su madre.

—Es que yo también soy socia de la "Li-co-di-pa" — sonrió la madre, mostrando preodida en su pecho la insignia de la liga.

—Y para que hoy todo sean alegrías debo decirte que Dionisia vuelve a estar en el colegio y que su papá ha vuelto a ocupar su puesto en el despa-

cho... Julieta, hija de mi alma... El señor ministro ha tenido razón: no hay ley humana que pueda atar los corazones si éstos no están empapados de amor, del amor cristiano que todo lo suaviza y todo lo perdona... La naturaleza del hombre es débil... y sólo esa ley sagrada dictada por Aquel que tanto amor ha demostrado hacia los hombres, puede fortalecerla en la hora del peligro y hacerla superarse en una admirable renunciación... Tu "Li-co-di-pa" nos ha hecho comprender muchas cosas... y nos ha hecho encontrar de nuevo la felicidad...

—¿Y... Margarita? — se atrevió a preguntar Julieta.

—Margarita ya no se separará de su madre... También ella quiere dedicarse al teatro y su mamá será su mejor muestra...

—¿Está por completo restablecida? —preguntó Julieta de nuevo, dirigiéndose a su madre.

—Sí... ella ha sido la última enferma de mi clínica...

—¿Qué quieres decir?

—Que en adelante, hija mía, sólo tendré dos pacientes a quienes atender: tu padre y tú, los dos pedazos de mi alma que he estado a punto de perder.

Se abrazaron los tres en un estrecho abrazo, y Julieta, difícilmente, pudo tomar el receptor telefónico para contestar a su llamada:

—Son mis compañeras de colegio que me felicitan — dijo, sonriendo a sus padres—. Escuchadlas... ¡Van a cantar el himno de la "Li-co-di-pa"!

A través del hilo telefónico llegaban las voces infantiles entonando el canto que ensalzaba la belleza de la paz conyugal y el encanto de un hogar lleno de amor.

Julieta miró a su padre primero y a su madre después, y viendo en sus ojos fulgurar de nuevo la llama de la ilusión, los trajo más hacia sí hasta lograr que sus dos cabezas reposaran sobre su pecho henchido de amor hacia aquellos que le habían dado la vida y a los que la perversidad de las leyes humanas habían estado a punto de destruir en su vorágine arrolladora.

GRAN EXITO DE

Emociones cinematográficas de un figurante

(La vida de los "extras" en los estudios)

Apuntes del natural

por

RAMIRO MARQUÉS

Interesantes ilustraciones

¡Lo más ameno en este género!

De venta en todos los quioscos y librerías

Precio: 3 pesetas

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

BARCELONA



Ráfagas de humor

por

Fidelio Trimalción

cuya lectura le proporcionará
verdadero deleite.

Retenga este título:

Ráfagas de humor



Ediciones Bistagne

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
los mejores asuntos
cinematográficos

EDICIONES BISTAGNE

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY

ASTOR LENOX TILDEN FOUNDATION

1545 BROADWAY, NEW YORK

1897

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY

ASTOR LENOX TILDEN FOUNDATION

1545 BROADWAY, NEW YORK

1897



